







BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 5

Numero: 376

| | |
|----------------|--|
| 7 Universidade | |
| LADA | |
| 13 | |
| 15 | |
| 270 | |

JR. 25988

ELOY GARCÍA VALERO



POESÍAS

CON UN PRÓLOGO DE

D. LUIS VIDART,

DOS PALABRAS DE

D. LUIS MONTOTO

Y UNA CARTA DEL AUTOR.

ILUSTRACIONES DE

Alperiz.—Arpa.—Bilbao.—Cáceres.—Conde de Guaqui.
García Ramos.—Parladé.—Sanchez Dalp y Susillo.

Tip. de "El Universal"—Sevilla



PRÓLOGO



UN PRÓLOGO DIALOGADO

Tengo el gusto de presentarte, benévolo lector, el canónigo de la Catedral de Sevilla, D. Eloy García Valero, persona estimable por muchos conceptos, de edad madura, pero aún lejana de la vejez, de continente respetable, de ingenio vivo y ameno trato, que es autor de varias obras en prosa y de una colección de poesías líricas...

—Alto, señor prologuista; sepa usted que yo no soy benévolo, aun cuando así solían apellidarme los escritores de los pasados tiempos; sepa usted que yo presumo de justo, esto es, que yo me considero con poder suficiente para condenar ó aplaudir al autor cuya obra literaria cae en mis manos, conforme á lo que me dicta mi personal criterio y mi gusto, que yo llamo *buen gusto*, aun cuando á los demás les parezca malo; y sepa que he callado mientras me presentaba al Sr. García Valero, como sacerdote respetable y aun como autor de obras literarias escritas en prosa; pero no he podido continuar en silencio al oír hablar de que ha hecho versos, más aún, de que ha publicado ó publica una colección de poesías, porque...

—Deseo saber por qué no ha podido dejarme concluir mi presentación del Sr. Valero al oír, que á sus títulos de escritor en prosa, añade los de poeta, á mi juicio, no menos estimables.

—Pues la razón es bien clara. Yo, el lector que en este momento representa la última palabra de la crítica moderna, pertenezco al número de los que creen *que la forma poética está llamada á desaparecer*; y pensando así, me parece tiempo perdido el



que se emplea en hacer versos, para decir lo mismo que puede decirse en prosa con menos trabajo y con mejor resultado para la enseñanza de los seres verdaderamente racionales.

—No es precisamente la última palabra de la crítica moderna la que acabo de oír, más bien puede considerarse como la penúltima palabra, porque si bien es cierto que Kant y Schiller considerando el arte como un juego en que se emplea el sobrante de la actividad de los seres humanos, como los gatos y los perros emplean en saltos y carreras el tiempo que les deja libres la persecución de los ratones ó la defensa y vigilancia de la casa á su guarda encomendada; si bien es cierto que Kant y Schiller, y después otros pensadores, han considerado el arte que produce la belleza, como algo inferior á la ciencia que investiga la verdad; si algún *artista de la palabra* y gran artista por cierto, se ha dolido de no haberse dedicado exclusivamente al estudio de las llamadas ciencias positivas, en vez de aguzar su ingenio en los primores de la forma literaria y dejar que su fantasía volase en las regiones de lo infinito y de lo eterno; si todo lo dicho es cierto, también lo es que pensadores de tan profundo talento como Alfredo Fouillée y el malogrado Juan María Guyau han vuelto por los fueros del arte, y sin negar los fundamentos de la teoría hegeliana que en estas palabras suele expresarse, *el arte por la belleza ó el arte por el arte*, han dicho que la ley del transformismo, hoy como imperante admitida, no destruye nada sin crear algo superior. Por este camino, el porvenir del arte es más glorioso que su pasado, porque la emoción estética más elevada es una emoción de carácter social, como ha observado Guyau, pudiendo decirse acaso en los tiempos futuros, que la esfera superior del arte comprenderá toda la naturaleza y llegará á ser como una *religión de la humanidad*.

—Palabras, palabras, palabras, como decía Shakespeare.

—Sí; palabras que expresan pensamientos más consoladores que los que inspira el positivismo dogmático, cuando considera que el arte bello es un juego de niños, destinado á desaparecer como impropio de la seriedad de los seres racionales, y que la ciencia, en perpétua formación, nos enseña la verdad de hoy, que será error de mañana.

—Dadas las *rancias ideas* que al parecer informan el juicio del señor prologuista, hallará destituidos de fundamento los escrúpulos del canónigo D. Eloy García Valero, que según manifiesta en su carta á D. Ambrosio Rubio, ha dudado largo tiempo antes de decidirse á publicar la colección de sus poesías.

—Debo decirle que en cuestión de ideas no tienen exacta aplicación los adjetivos *rancio* ni *fresco*, porque hay autores que dicen cosas muy nuevas, pero muy disparatadas y se quedan tan *frescos*. Toda verdad es de antiguo abolengo, tan antiguo, que se remonta al primer instante de la creación, puesto que la verdad no es una creación humana; la verdad es la *vista* de la realidad *cognoscible* por el entendimiento humano, y la realidad en su esencia, como enseña el Catecismo de la doctrina cristiana, es Dios que está dando el sér á todas las cosas; por donde la verdad, en lo que tiene de esencial, es eterna y absoluta, y no puede ser de otro modo. Esta verdad eterna y absoluta, podrá ser *hoy desconocida* por la razón humana, pero es aventurado afirmar que sea *siempre incognoscible*.

—*Metafísico estáis*, pero á cien leguas de las poesías del señor Valero.

—No tanto, porque en lo que tengo ya dicho he procurado demostrar que el Sr. Valero, á pesar de su investidura de sacerdote católico, ha podido dedicarse á escribir poesías líricas sin que esto redunde en menoscabo de su dignidad personal, y tal demostración...

—No lo es para mí, que continuó creyendo que *la forma poética está llamada á desaparecer*; que la investigación científica es el único fin en que deben emplear su inteligencia los seres racionales; que la poesía es un sueño de imaginaciones enfermas; que...

—Sí, sí; conozco, como ya he dicho, todas esas teorías del *penúltimo figurín* de la crítica al uso; pero créame, lector benévolo, malévolo ó justo, que no hemos de reñir por el calificativo; la gloria de Quintana, el duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla, vivirá tanto como dure el recuerdo de la civilización española en el siglo XIX. Si el filósofo presenta los ideales del pensamiento reflexivo del tiempo y pueblo en que vive, el poeta re-

presenta los ideales del sentimiento colectivo, de ese sentimiento que se llama fatalidad en Grecia y Roma, honor en la Edad Media, entusiasmo por la antigüedad en el Renacimiento, y acaso en los tiempos actuales podría llamarse pesimismo individual y fe en el progreso del bien colectivo.

—Seguimos á cien leguas de las poesías del canónigo don Eloy García Valero.

—No tal, porque después de señalar lo que yo considero como el sentido general de las poesías modernas en lo que pueden llamarse poetas librepensadores, he de manifestar que el señor García Valero, aunque por su estado sacerdotal, ó mejor dicho, por su fe religiosa, se salva de esas amarguras de la vida que hicieron exclamar á Espronceda: *sólo en la paz de los sepulcros crece*; aun cuando el Sr. Valero es un poeta creyente, no por esto deja de sentir como sus contemporáneos, más ó menos incrédulos ó dubitantes, si bien pone en todo el sello de su fe, aceptando el progreso por el cristianismo, como puede verse en su poesía *Impresiones*, y hallando en el dolor humano camino seguro para las venturas celestiales.

—Ya decía yo, poeta, significa *loco de medio carácter*; sólo la ciencia que no admite más que lo que por la experiencia se halla demostrado; sólo los hechos bien comprobados....

—¿Hecho bien comprobado? He aquí uno: el sér humano no es sólo *una inteligencia servida por órganos*, como decía Bonald: es también un sér que siente lo que vulgarmente se llaman simpatías ó antipatías, y este *sentimiento humano* se transforma en amor á la belleza, y nace el arte; en amor á la verdad, y nace la ciencia; en amor al bien, y se perfecciona la vida social de los seres racionales. El Sr. García Valero, por su profesión sacerdotal ha cultivado los estudios teológicos y morales, y en sus poesías se nota la tendencia docente que ve en cada caso particular la regla ó ley en que se halla comprendido. Así su inspiración más se acerca al carácter épico que al lírico, más brilla por la pureza de su cristiana enseñanza que por los atrevimientos de la fantasía, libre de todo freno religioso, de que otros poetas hacen alarde. En resumen; el Sr. García Valero es un poeta católico, y fuera insensato pedir á su musa que cante en la forma

que lo hace la de Carlos Baudelaire en sus *Flores del mal*, ó la de Juan Richepin en las que llamó *Blasfemias* con bien conocida intención.

—Ya se comprende lo que el señor prologuista quiere decir. Yo, que á Dios gracias, soy ateo y positivista, me aburriría soberanamente si leyese las poesías del canónigo de Sevilla porque....

—Es cierto; el fanatismo del librepensador es más intolerante que el de los creyentes religiosos, y mucho menos disculpable, porque la fe se pinta con una venda que le cubre los ojos, y la ciencia acrece la vista natural, para ver con el microscopio la grandeza de lo pequeño, y con el telescopio la pequeñez de lo más grande, si se compara con el infinito que la fantasía concibe y la inteligencia no comprende. No me detendré en señalar las bellezas, ya de pensamiento ó ya de dicción que fácilmente puede notarse en los versos del Sr. García Valero, porque el lector discreto podrá hacer este trabajo con la regla de su propio gusto, que en poesías líricas es sentencia inapelable, la conformidad ó disconformidad del autor y sus lectores; pero parece que la España tradicional, y no reñida sin embargo, con los progresos de la edad moderna, las *Poesías* del presbítero D. Eloy García Valero han de alcanzar muy favorable acogida y merecidísimo aplauso.

—¿Y no tienen ningún defecto las *Poesías* del Sr. Valero?

—Un prólogo no es el sitio adecuado para sacar á relucir las faltas de la obra á que pertenece ó ha de pertenecer, pero haciendo una sola excepción, en gracia de la verdad histórica, diré al Sr. García Valero que en su oda *El Descubrimiento de América* alude al motín de los heroicos marineros españoles que á las órdenes de Colón y los Pinzones realizaron el descubrimiento del archipiélago de las Lucayas, y este motín sólo ha existido en la fantasía de los detractores de España, según demostró cumplidamente el P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, en una polémica que tuvo acerca del asunto con un escritor peruano.

—Parece toma carácter de monomanía en el señor prologuista su afán de enaltecer á España y á los españoles en todo lo concerniente al descubrimiento del Nuevo Mundo.

—¡Miserables tiempos los que hoy alcanzamos en que la perseverancia en defender la verdad puede acarrear censuras como la que acabo de oír! Bien hace el presbítero Sr. García Valero al escribir poesías para ensalzar los ideales de la fe cristiana, cuando la turbación de las conciencias, influyendo en los fallos de la opinión pública, considera como descamino y locura toda acción que inmediatamente no redunde en personal medro. Ahora se llama juegos de niños á la poesía, porque los hombres sólo deben *jugar á la bolsa*, es decir, hacer jugadas de bolsa, con todas las precauciones posibles, para enriquecerse á costa de la pobreza del prójimo, y en ocasiones de la ruina de su patria. Felicito, pues, al Sr. Valero por la publicación de sus poesías, y me despido del lector que quisiera fuese benévolo, pero me resignaré con que no sea injusto.

LUIS VIDART.

Madrid, 19 de Junio de 1893.

DOS PALABRAS

La cariñosa amistad con que el autor de este libro me distingue, amistad nacida al calor de las aulas y cimentada sobre el trato íntimo y la comunidad de aficiones, explica, ya que no justifica, por qué yo, desvalido de todo merecimiento y sin linaje alguno de recomendación en la república literaria, escribo estas páginas primeras, que ni van enderezadas por vía de prólogo, porque esta obra lo tiene, ni son á manera de interesado elogio con que á las veces se suele solventar deudas atrasadas. ¡Cómo, si nó, hubiese acudido á mí en demanda de estas líneas, para la segunda edición de sus poesías, quien por su acrisolada reputación de hombre de letras, por su elevado puesto en la gerarquía eclesiástica, por sus muchas y valiosas relaciones sociales cuenta por centenas amigos peritos en el arte de bien decir y acreditados de críticos, cuyos fallos acató siempre sumisa la opinión pública!

Este libro fué juzgado, y á la verdad con encomio, por hombres de sólido saber y de sana crítica, entre otros mi respetable amigo el Sr. D. Luis Vidart; y poco, si pudiera decir algo, añadiría yo á lo mucho y bueno que con fácil y correcto estilo escribió aquel miembro ilustre de la Real Academia de la Historia.

El Sr. García Valero lo desea y amistad me obliga. Negarme al cariñoso reclamo del amigo sería en mí, siempre devoto de la amistad, la más vituperable de las acciones. Perdóneme el lector y absuélvame del pecado de detenerle un punto, retardan-

do el momento en que empezará á gustar de las mieles de este libro.

Los sacrosantos Misterios de nuestra Religión; las grandezas del genio y de la patria; las maravillas de esta ciudad, emporio del arte en otros siglos, y la Majestad Real simbolizada en la augusta familia heredera de la corona que ciñeron los Católicos Isabel y Fernando, son los asuntos cantados por el poeta, quien puede decir con el inmortal vate vallisoletano:

*Cristiano y español, con fé y sin miedo,
Canto mi Religión, mi patria canto.*

Lo vulgar y lo rastrero; lo que no habla ni con el corazón ni con la inteligencia; el juego de palabras mejor ó peor combinadas; la inspiración efímera; el fútil discreteo, entretenimiento de los ociosos de salón y de los lectores de gacetillas, están muy lejos de las páginas de esta obra. Amante el señor García Valero de la forma clásica, devoto de los Gallego y Quintana, parece como que toma con empeño la difícil tarea de vaciar sus nobles pensamientos en aquellos áureos moldes que el tiempo no deslustra y que no romperá (á despecho del prurito de singularidad que distingue á hombres que pretenden pasar plaza de pensadores) la peregrina afirmación de que *la forma poética está llamada á desaparecer*.

Mas no se crea por ésto que la imitación, en justos límites contenida, ahoga ó tan siquiera sofoca la espontánea inspiración, alma del arte, *quid divinum* de la poesía.

Repasad las páginas de este libro; leed con atención los armoniosos versos en que el autor, ora canta al mísero cautivo de Argel, al famoso todo, al manco sano, Miguel de Cervantes Saavedra; ora al genio poderoso que evocó en la patria escena la colosal figura de Segismundo, D. Pedro Calderón de la Barca; ora al náuta genovés, inventor de un nuevo continente, Cristoforo Colombo; leed, leed las hermosísimas estrofas en que el poeta ensalza las virtudes del Santo Rey Fernando; las glorias y maravillas de la antigua Hispalis; las inefables dulzuras de los augustos Misterios de la Redención y de la Inmaculada Concepción de María Santísima: leed las sentidas quejas que el corazón del vate exhala ante los mortales despojos de aquellas

tres Gracias, mejor diría, de aquellos tres ángeles que alegraron con el suave batir de sus alas los ámbitos del Palacio de San Telmo, Amalia, Cristina y Mercedes de Orleans y de Borbón: leed los enérgicos apóstrofes que se escapan de los labios del hijo amantísimo de España, ante las amarguras de la patria salpicada del fango de los motines: leed los ardientes deseos que despierta en el ánimo del fervoroso creyente el espectáculo de la gran Babel moderna, comercio de todos los pueblos y todas las gentes y hervidero de todas las pasiones, y convendréis conmigo en que la discreta imitación de los buenos modelos ni contiene ni limita la inspiración, en que el culto de la forma poética no está divorciado ni de lo original, ni de lo espontáneo. Así lo han decidido Academias y Ateneos, premiando en públicos certámenes el mayor número de las composiciones contenidas en este volumen; así lo ha dicho en repetidas ocasiones la prensa periódica, encomiando justamente las poesías del Sr. García Valero; así lo reconocen también muchos de nuestros más insignes literatos.

En confirmación de mis palabras, podría citar muchos pasajes del libro del Sr. García Valero. En gracia á la brevedad, y dejando al avisado lector la muy grata tarea de saborearlos por sí mismo, copiaré sólo algunos, tomados al acaso, ó al abrir del libro, si se me permite la frase.

Canta el poeta la gloria del náuta audaz inventor de mundos, el gran Cristóbal Colón, y descubriendo las amarguras y los recelos de los compañeros del genovés inmortal, escribe esta estrofa:

«Surcan del mar las atrevidas proras;
El cielo el temple de sus armas prueba
Y con creciente intensidad renueva
Angustias del espanto precursoras.
Tras la lejana bruma
Hundióse al fin el adorado puerto.
Y... ¿surcará sin fin del mar desierto
Sobre la veste azul cándida espuma?
La fe del fuerte corazón descien-
de,
Surge el instinto de la vida ciego,

Y tras el vano ruego
Aterradoras cóleras enciende...
Cercado de la turba bramadora,
Alzada contra el genio en ruda saña,
Colón sus almas aplacar procura,
Y la serena magestad que baña
Su augusta faz la tempestad conjura.»

Cierto, como ha escrito el Sr. Vidart en el prólogo de este libro, el motín de los heroicos marineros que á las órdenes de Colón y los Pinzones realizaron el descubrimiento del archipiélago de las Lucayas sólo ha existido en la fantasía de los detractores de España, según demostró cumplidamente el P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús; pero cierto asimismo que, admitido el hecho imaginado, la descripción que de él hace el señor García Valero es, cuanto concisa, elocuente y hermosa.

En la oda *A San Fernando* vuelve los ojos á la edad presente, después de haberlos solazado con la contemplación de aquella otra edad en que el Santo Rey contaba por victorias sus jornadas y sus empresas, y doliéndose de que nuestro siglo emprendedor como el que más, pero falto de fe, no baje dócil la frente

A la debida gratitud rendido,

exclama con viril acento, con entonación verdaderamente épica:

Así estos siglos de moral alteza
Como su propio fruto produjeron
Del santo Rey la colosal grandeza,
Corona de las glorias de Castilla;
Que nunca los artistas consiguieron
Sobre la blanda y polvorosa arcilla,
Sino en mármoles duros
Que más el arte á lo inmortal ajusta
De sus héroes tallar la estatua augusta
De su gloriosa eternidad seguros.

«¡Ah, si esta edad soberbia y descreida,
De las conquistas de su ciencia ufana,
No olvidara, en su luz desvanecida,
Que en la tierra el dolor es ley de vida
Y es un soplo no más la vida humana!

¡Ah, si ante el sol que iluminó su mente
—Como el Santo inmortal nunca vencido—
Mi siglo emprendedor, pero creyente,
Dócil bajara la atrevida frente,
A la debida gratitud rendido;
Cual digno templo, la creación entera
Se ofreciera al Creador, y cada invento,
Que ensanchara el humano pensamiento,
Una oración propiciatoria fuera;
Y de Dios la sonrisa irradiaría
—Del Providente auxilio mensajera—
Sobre mi siglo sus brillantes glorias,
Y mi edad, cual Fernando, contaría
Sus jornadas y empresas por victorias!

En la oda *A la Restauración de Alfonso XII*, después de pintar con negros colores (los colores de la realidad) el periodo más calamitoso de nuestra historia política contemporánea, cuando pareció como que iba á hundirse para siempre, socavado por el embate de las olas revolucionarias, el alcázar secular de nuestras tradiciones, piensa en el joven á quien la Providencia encomendó por suerte la tarea de pacificar la patria dividida y ensangrentada, y escribe:

«Y abrióse el corazón á la esperanza:
De un nombre heróico en los patricios labios
El eco seductor potente alcanza
A redimir de España el triste lloro.
La oyó feliz, cual eco de su gloria,
La ciudad de la púnica venganza,
Asombro de los siglos y la historia;
Repítelo entusiasta de los Cides
La ciudad inmortal, y, en fausto coro,
De Calpe hasta el Pirene,
El sólo lema histórico se escucha,
¡Castilla por Alfonso! De la esfera
En sólo un giro á desplomarse viene,
Al mágico conjuro,
La obra falaz de exótica químera;

Y por el grito histórico evocados,
La fe, la patria y su esplendor hundido
Surgen de los escombros hacinados
Cual se alza sobre campos descarnados
La verde pompa del Abril florido.»

Que es el Sr. García Valero poeta de altos vuelos, lo prueba á mayor abundamiento la oda grandilocuente que escribió con motivo de las fiestas celebradas en Ronda, su patria, en honor del Beato Fray Diego de Cádiz. Oigamos una de sus estrofas:

«Y fuiste tú entre todas elegida,
Ronda, mi patria, mi ciudad querida,
Cuyo seno de roca
Hendió el Guadalevín con honda herida
Que á pavorosa admiración provoca;
De cuyo ingente abismo,
En convulsión volcánica formado
Tras singular gigante cataclismo,
Brotó el ancho torrente despeñado;
Por cuya ronca colosal garganta
Hondo clamor al cielo se levanta,
En cóncavos inmensos reflejado,
Surgiendo siempre de su seno herido,
Cual Titán á la roca encadenado.
Ronda, patria inmortal del gran poeta
Orgullo del Islam, la que cual nido
Del águila atrevida, en la gigante,
Enriscada cimera vió asentada
El gran Abul. magnífico turbante
Dando las nubes á su alzada frente,
Y gentil talabarte áureo torrente
De la espléndida linfa despeñada
Con Guadalvín desde la enhiesta cumbre...
Como festón de múltiples colores,
Al borde audaz de la gigante falda
Del hondo Tajo, peregrinas flores
Tejen en Mayo virginal guirnalda;
Y aquel grandioso rítmico lamento

Que dá el coloso de su seno herido,
Asciende entre las brisas confundido
Con el rico perfume de su aliento.»

En la hermosa oda, con que este libro comienza; y, que el Ateneo de Sevilla premió con justicia el pasado año, distínguese, entre otras admirables estrofas, por vigorosa y expresiva, la siguiente, en que parece que se refiere el autor á la Torre Eiffel y á la galería de máquinas de la última Exposición de París:

«Yo he visto á la soberbia de la vida,
Émula de Babel, alzarse fiera
De la enhiesta montaña vencedora,
Y en férrea nervadura contenida,
Como fanal grandioso, á la atrevida
Bóveda inmensa, en que encerrada fuera
Cual de gigantes mil, la abrumadora
Fuerza en cien mecanismos traducida
Y en productos sin fin multiplicada.
Pero aquel ronco atronador rugido,
Aquella aguja hasta la nube alzada
Ni era el clamor del corazón henchido
De gratitud y fe, ni la elevada
Flecha que de la ojiva se desprende,
Por la piedad y por la fe impulsada,
Que hasta el trono de Dios rápida asciende
Por el arco divino disparada.»

Y basta de citas; porque no ha menester el lector de este libro que le señale el primer advenedizo en el campo de las letras, las bellezas que contiene. El lector se basta para verlas y gustarlas.

Sí quiero, antes de dar paz á la pluma, confirmar mi pobre parecer sobre las poesías del Sr. García Valero, con el juicio de un eximio escritor, peritísimo en crítica literaria. «Aunque no sea más que por la belleza de la forma—escribió el crítico á quien aludo—el libro del Sr. García Valero cumple á satisfacción, y por lo hermosos que resultan sus versos, me inclino á aplaudirlos, prescindiendo de la escuela literaria á que el autor pertenezca. ¿Es la sevillana? Pues la escuela sevillana ó anda-

luza tenía en el siglo de oro de nuestra literatura, y según juicio de un sabio crítico, imaginación é idealidad artística; entonación clásica y colorido italiano; al renacer con Jovellanos, Cienfuegos, Fosner y otros meritisimos escritores, estudió y meditó los antiguos; y al formar Reinoso su dogma, dando la supremacía á la poesía, le atribuyó el fin recreativo, reduciendo á la categoría de medios la enseñanza y la utilidad.—Ni un rasgo fanático, ni un concepto intransigente afean estos cantos. El sentido histórico, emanado de pasadas glorias, sublima el amor que el poeta profesa á la patria; el espíritu religioso, sustraído á las insinuaciones de carácter sectario, purifica los anhelos del creyente; el culto al genio, sin rutinas que lo desfiguren, se muestra puro y entusiasta; la interpretación de la fraternidad humana, es amplia y civilizadora; y de la totalidad que reúne afectos, esperanzas é intuiciones, surgen clarísimas las formas de la caridad redentora en este mundo lleno de sombras. Lejos de su lira los tonos amargos, que hacen resaltar la miseria de los hombres y de las cosas; porque si alguna vez se entristece el vate considerando cómo palidecen los dorados fulgores de antiguas grandezas, la inspiración levantada se impone al pesimismo y dá unidad á las fecundas creencias que vivifican las estrofas.»

¿No habéis hallado alguna vez—pregunta un poeta tan sentido como original, Eugenio Manuel;—no habéis hallado debajo del suave musgo un manantial ignorado de los hombres y de las aves? Sus hilos de cristal corren por los prados y por los prados se pierden; pero un día el acaso los reúne y surge la fuente. Así mis versos. Fuente es este libro: puedes beber de sus aguas; son aguas puras.

Así las composiciones poéticas del Sr. García Valero. Dispersas por periódicos y revistas literarias, reúnelas hoy algo que está sobre la voluntad de su autor. Los que eran ayer hilos de cristal (siguiendo la imagen del poeta francés), son hoy fuente cristalina.

Lector, puedes beber de sus aguas: son aguas puras.

Luis Montoto.

CARTA DEL AUTOR DE ESTE LIBRO

AL

EDITOR DE LA PRIMERA EDICIÓN

Málaga 24 de Septiembre de 1890.

Sr. D. Antonio Rubio.

Mi muy querido amigo: Me siento muy alhagado ¿por qué lo he de ocultar? con su deseo de publicar coleccionados mis pobres versos.

Tropiezo sin embargo con la dificultad de poderse los ofrecer ordenados, ni aún con relación al tiempo de su aparición, si he de aprovechar el muy breve que me es dado permanecer en nuestra hermosa Málaga.

Seguro como estaba, de que nada perderían las patrias letras con el olvido y extravío de mis producciones literarias, no cuidé conservarlas, cuando las exigencias ó motivos que determinaron su publicación, lo hubieran hecho fácil; habré por tanto de acomodarme respondiendo ahora á su cariñosa y lisonjera exigencia al orden en que puedan ser encontrados los que no alcanzan á recordar. Por otra parte llamados á ver la luz pública muchos de estos trabajos en circunstancias especiales, alejadas y distintas, no hacían tan desagradables y enojosas (si acaso llegaron á ser percibidas), las repeticiones de ideas y conceptos que aunque bajo variada forma, habrán de ofrecerse ahora, fatigosas y cansadas y claramente perceptibles.



Pero esto no tiene fácil arreglo, de igual modo que el orden cronológico antes indicado. Publíquense como vayan apareciendo, puesto que Vd., lo quiere sin orden ni enmiendas, que las fechas que los suscriben indicarán (sino lo reveláran mejor la cantidad y calidad de sus forzosas incorrecciones y descuidos), el orden en que aparecieron á la vida, y esto tanto más, cuanto no he querido prescindir al publicarlos, de los más incorrectos é ingenuos trabajos que casi niño tuve la osadía de imprimir.

Yo, que estimo mi decoro sacerdotal por encima de todo otro estímulo, debo decirle, mi muy querido amigo, que he pensado más de una vez, si cumpliría á la gravedad de mi estado, estas que parecerían quizás pueriles satisfacciones de vanidad literaria, siquiera fuese tan menguada y pobre como la que me es dado alhagar; conocía al mismo tiempo, y no podía pasar desapercibido para mí, el generalísimo desdén y desapego con que es mirada en nuestros días toda labor poética. Hoy, se dice, nadie lee versos, sobre todo los versos malos ó medianos; mientras que como reflejo en más altas regiones, en los primeros centros literarios modernos, de este mismo sentido y desvío se hace objeto de seria, formal y dilatada discusión, este tema inverosímil. ¿Está llamada á desaparecer la forma poética?

Dado, pues, ambiente tan desfavorable, era absurdo é indiscreto á todas luces emprender la publicación de mis versos humildísimos; de un lado plenamente comprendidos en el doble anatema de la opinión antes apuntado, y de otro, expuestos á juicio y explicación tal vez mortificadores. Mas debo confesarle que al satisfacer en esta ocasión su alhagadora pretensión, soy únicamente movido de un, si Vd. quiere, pueril pero explicable y generalísimo sentimiento, análogo al que experimentaría al conseguir ver reunidos los libros de texto en que fuí gradualmente estudiando las asignaturas de mi carrera, ó mis planos de caligrafía cuando comenzaba á escribir, sin que me impulsen ningún género de pretensiones literarias, nunca más injustificadas. En cuanto á los celos é inquietudes del sacerdote, he recordado para mi completa seguridad y sosiego (y lo he recordado con perfecta y clara distinción), que jamás mi pobre inspiración fué puesta al servicio de sentimientos banales é in-

feriores. Las glorias tradicionales de la patria, la cruz coronando toda labor fecunda, todo trabajo y progreso humano, legítimo y moral; la fe, la piedad, el heroísmo, las grandezas del genio, ó duelos augustos de que noble y debida gratitud debía hacerme partícipe en manera señalada y especial, fueron siempre el motivo y determinación de mis humildes versos. De haber cantado dignamente estos elevadísimos sentimientos é ideas; de haber despertado en las almas el fecundo entusiasmo que hace nacer el verdadero poeta, habría creído llenar el más noble de los apóstolados y sacerdocios; el de sembrar en las almas la semilla de los más nobles impulsos de los frutos más codiciados.

Por lo que respecta al tema de discusión apuntado, habrá Vd. de comprender que no podría menos de estimarlo, dislocado y absurdo en la medida de mis juicios. Aun entendiendo por la forma poética amenazada, no más que la métrica y rítmica, creo firmemente que con ella habría de desaparecer y hundirse todo sentido estético, eterna y hermosa vestidura de todo lo grande, noble, virtuoso y moral que nos autoriza con perfecto derecho (aunque con la debida subordinación) para apellidar á la poesía, á la vez que al arte total y entero, como apellidaba á la fé el gran filósofo cristiano; aroma que impide que la ciencia se corrompa.

Y, sin embargo, debo confesarle, caro amigo, que á pesar de esta firme convicción, más de una vez me ha parecido contagiarme de este mismo desdeñoso espíritu, y he sentido llegar hasta mí algo parecido á rubores y descorazonamientos, que me impidieron en ocasión apropiada cantar,—diré mejor,—traducir en versos, las más hondas emociones, los sentimientos más profundos é íntimos, legítimos y sagrados, como si temiera, no diré profanarlos, pero quizá reducirlos en su grandeza; y, sin embargo, los más venerandos, puros y santos amores y entusiasmos sacudían y conmovían naturalmente mi espíritu con más violencia y excitación que todo otro motivo más alejado y exterior. Si ellos me preguntáran, como la amada del protagonista del bello drama «La espada y el laud» á su trovador amante. ¿Por qué tú, que has tenido cantos, endechas y trovas, donde relatabas las grandezas de los moradores de los castillos á sus in-

signes antepasados, á sus tristes y legendarios amores, no tienes para la constante amada de tu corazón, una sola nota de tu laud? Yo podría responderles como el interrogado cantor:

Tu siempre tendrás Teresa
un himno en el alma mía.

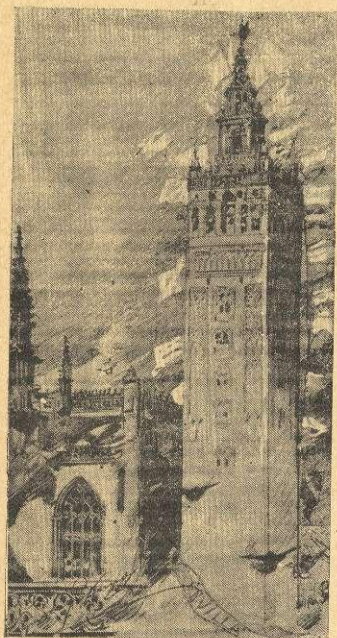
Pero sentía, (dadas las múltiples formas del abuso) que este himno no debía ser cantado ni formulado, por el procedimiento común y asaz prodigado, sino que debía tener por verbo ó expresión íntima dulcemente inefable las emociones más levantadas y hermosas del corazón, himno ó canto que el alma creyente confunde en síntesis divina con la oración allá en sus senos y espacios sin límite ni medida.

Basta ya de fatigosa justificación, mi caro amigo y á su poder irán, según los vaya encontrando, y sin enmienda como los documentos oficiales, mis pobres versos para que de ellos haga el uso que quiera. Que Dios le pague la merced que me hace y la satisfacción verdaderamente pueril, pero ingenuamente confesada que procura á su devoto amigo y Capellán.

q. s. m. b.,

ELOY GARCÍA VALERO, PBRO.

La Catedral de Sevilla



ODA PREMIADA
EN EL
CERTAMEN LITERARIO
DEL
ATENEOS SEVILLANO

EN ABRIL DE 1894

«Mejor templo, Señor, tu gloria...»
(Sermón en la dedicación de la Santa
Iglesia.)

Mi espíritu refleja, viva y clara
(Aun evocada de lejanos días),
La profunda emoción que le embargara
La vez primera que el umbral sagrado



Del templo atravesé. Las armonías
Escuchaba del órgano sonoro,
Como en grata sorpresa enajenado;
Y la cernida luz del sol muriente,
Irisada en carmín, ópalo y oro,
Y en la dulce penumbra difundida,
Del joven rudo la ofuscada mente
Con nuevos esplendores alumbraron.

Del arte, entonces, la misión sublime
(Aún más adivinada que sentida)
La virgen alma presintió; se alzaron,
Con la humildad creyente que redime,
Mil emociones inefables. Era
Que con el alma entera
Todo en el arte lo miraba escrito,
Como si el arte fuera
El verbo de la fe; lazo bendito
Que, alzando al hombre á la celeste esfera,
Ligaba lo mudable á lo infinito.

Desde el ángulo obscuro en que fijaba

Mi planta temerosa, descubrían
Mis ojos contrastado laberinto
De líneas que cruzaban y ascendían,
Y del inmenso místico recinto
Por las alzadas bóvedas huían,
De éter y luz los ámbitos buscando,
A la piedad del corazón sincero
Y al desterrado mísero viajero
Los caminos del Cielo señalando.

Y en el grandioso altar de alerce y oro,
Al que dorada reja protegía
Por místico decoro,
Que labor peregrina entretejía
En artísticos lazos anudada,
La luz en tornasoles descendía.
Desde la faz del expirante día,
En múltiples colores esmaltada
Por la excelsa calada vidriera,
Cual si en iris de tonos celestiales
Hasta el egregio altar llegado hubiera,

Del ósculo de Dios por mensajera,
Luz de gloria en espléndidos raudales.

Entonces comprendí que el arte entero
Es el arte con Dios, que hasta Dios lleva,
Augusto mediador y mensajero
Que el genio y la oración á Dios eleva;
Y que el arte cristiano
Es eco fiel del arte sobrehumano
Que luz y mundos arrancó á la nada;
Que cuanto el alma admira hermoso y bello
Es vívido destello
De la belleza eterna é increada;
Y, cual foco de luz generadora
De belleza y de bien, la unión sublime
Del hombre y Dios, espléndido cimiento
De la cristiana fe, pinta y colora,
Esculpe y canta con divino acento,
Y al desterrado, que en tinieblas gime,
Del arte infunde el celestial aliento.
Que de ominosa esclavitud redime.

Y el templo augusto parecióme entonces
Colosal epopeya de granito,
Y que de lienzos, mármoles y bronce,
En acordado ritmo, á lo infinito
Un himno portentoso se elevaba;
Y que, por rara, excelsa maravilla,
Del claro Betis en la hermosa orilla,
El genio de dos mundos se adunaba,
Y en acordada inspiración cantaba
Sus estrofas sublimes; que si un día
La del Islam inspiración ardiente,
De la Giralda en su alminar riente,
Y en rica exornadora lacería,
Del gran pöema el prólogo trazaba,
Otro numen austero y penitente,
Numen del arte que en la Cruz nació,
La ojival maravilla completaba,
Como fecunda unión, generadora
Del de dos mundos prodigioso fruto,
Del arte universal digno tributo

Al Sumo Sér que el Universo adora.

Yo he visto á la soberbia de la vida,
Émula de Babel, alzarse fiera
De la enhiesta montaña vencedora,
Y en férrea nervadura contenida,
Como fanal grandioso, á la atrevida
Bóveda inmensa, en que encerrada fuera
Cual de gigantes mil, la abrumadora
Fuerza en cien mecanismos traducida
Y en productos sin fin multiplicada.
Pero aquel ronco atronador rugido,
Aquella aguja hasta la nube alzada,
Ni era el clamor del corazón, henchido
De gratitud y fe, ni la elevada
Flecha que de la ojiva se desprende,
Por la piedad y por la fe impulsada,
Que hasta el trono de Dios rápida asciende
Por el arco divino disparada.

Todo allí revelaba el entusiasmo
En que loca soberbia trascendía;

Y mientras, en mudo pasmo,
Como nube de arena, recorría
La masa humana el colosal recinto,
Llevada allí también para sarcasmo
La caduca vejez, en vivo instinto
Al genio humano (que la muerte fiera
Y hasta al propio dolor ya uncir debiera
A su triunfal carroza) demandaba
Más largo plazo en la vital carrera
Y término al sufrir; necia porfía
Con que el doliente corazón instaba,
Y con el polvo asfixiador flotaba
Para perderse en la región vacía.

¡Oh sublime locura vencedora
De tantos imposibles, que, inspirada
Por fe gigante y por amor fecundo,
Y en la perenne abnegación probada,
Alzaste un templo, admiración del mundo!
¡Oh egregio templo en que á mi Dios se adora
Con la suprema esplendidez de un culto

Que el alma y los sentidos enamora!
La raza heróica que tu muro alzaba,
Al par, en lucha eterna defendía
Su hundido hogar, y de la hueste impía
Templo á la vez que patria rescataba.
En el grandioso altar á Dios alzado
Por tan hermoso múltiple heroismo,
Vese más grande el hombre *arrodillado*
Que *erguido* en el que cerca el negro abismo
De lo ignoto sin Dios, al hombre mismo
Y á sus propias grandezas levantado.
En este altar, el hombre, luz de un día,
Culto se presta, en su demencia impía,
Con cuantos triunfos su soberbia invoca,
Y, en arrogancia que á irrisión provoca,
Lo inscrutable y lo eterno desafía.

El genio de la muerte y del estrago
Fijó en el templo su ominosa planta;
De las hundidas bóvedas y muros
Sombra amenazadora se levanta.

Y cuando por ocaso el sol declina
Y el misterio del templo se agiganta,
Cree la piedad el eco pavoroso,
Aterrada, escuchar de la divina
Voz, que oyera en sus glorias temeroso
El hijo de David, su egregio templo
Al alzar á Jehováh; cual si cumplida
Viéramos hoy la predicción temida,
Que, para vivo ejemplo,
De los labios de Dios oyó el ungido
Monarca de Israel, potente y sabio:
«Propiciatoria resonó en mi oído
—Dijo el Señor—la súplica ardorosa
Que en mi presencia murmuró tu labio,
Y con intenso amor he bendecido,
Santificando al par esta grandiosa
Casa de Dios, por tu piedad alzada
Para en ella poner mi nombre santo:
Aquí estará mi amor con la mirada
Perenne de mis ojos, entretanto

Que en vos y en vuestros hijos venerada
Sea la ley de Jehová; mas si, atrevido,
Este mi pueblo de elección, á olvido
Mi voluntad con sus preceptos diera,
Y á los dioses ajenos venerara,
Yo á Israel, que de infieles libertara
Y el mundo en heredad le concediera,
De la faz de la tierra borraría,
Y el templo que á mi nombre construyera
Con su fausto y riquezas hundiría.»

¡No así, mi Dios! Sevilla generosa,
Que aún á su Dios espléndida venera,
De su egregia Basílica orgullosa,
La tremenda amenaza suspendida
Sobre su frente, con la patria entera
Disipará, feliz, ante el conjuro
De su ferviente amor; que el alma henchida
De fe y piedad, el derrumbado muro
Incansable alzará. Si así no fuera,
Si tu justicia decretado hubiera,

Señor, que á nuestro templo mal seguro,
El de impiedad y olvido hálito impuro
En ruina irreparable convirtiera,
Sea entre el polvo sagrado confundida
Mi torpe lengua, que tus glorias canta,
Y con la inútil ya, mísera vida
Extíngase la voz en mi garganta.

A MI MUY QUERIDO AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

EN LA SENTIDA MUERTE

del Cardenal Arzobispo de Sevilla

EMMO. SR. D. FR. JOAQUIN LLUCH Y GARRIGA

EPÍSTOLA

Oigo sonar el funeral tañido,
Eco no más del hispalense duelo,
Que en unísona voz triste repite
La nota fiel de su dolor acerbo.
Ha muerto el buen Pastor, noble y sencillo,
De caridad y fe dechado egregio,
Que, en su humilde llaneza, nos mostraba
De la virtud el franco derrotero.

Caro amigo, bien sé que la prudencia
Es de toda virtud rector discreto;
Mas ¿qué quereis? Ardiente me enamora
De un alma noble el espontáneo vuelo;
Y recordando la veraz sentencia,
Que nos muestra solícito al infierno
Mirando sin cesar, para imitarle,
Al esplendente inmaculado Cielo,
Témome alguna vez que en este ambiente
Egoista y falaz do nos movemos,
Puedan la astucia y la codicia artera
Simular al varón justo y perfecto.
Y como, al fin, la realidad tocando,
Por experiencia dolorosa veo
Que este moral, aterrador vacío,
De engañadoras formas encubierto;
Que este exclusivo culto á lo aparente,
Desdeñador y mofador escéptico,
De la interna virtud, vános robando,
En pavoroso, alarmador progreso,

En la humana lealtad la confianza,
La fe en el corazón puro y sincero;
Al contemplar en el Prelado insigne,
Sólo á la voz de su conciencia atento,
Modestia y caridad y ciencia, unidas
A ferviente piedad y ánimo excelso,
Mi adhesión y entusiasmo se acrecientan,
De la opinión con los contrarios ecos,
Cuando al cabo coinciden y proclaman,
En espontáneo, general acuerdo,
De su alma candorosa y desprendida
La pureza y bondad de los intentos.

No me pidais á mí vistosas flores
Que arrojar al sarcófago entreabierto;
Unid más bien del clamoroso llanto
Que nobles vierten los heridos pechos,
De la orfandad la lágrima doliente,
El triste sollozar de los hambrientos,
De la podre viudez la amarga queja,
El hondo, penitente desconsuelo

De los piadosos coros que formara
Del buen Pastor el incansable aliento;
Y creyentes unid á tanto lloro,
Tributo fiel del generoso pueblo,
La fe que hizo nacer su dulce influjo
En el cansado, dolorido pecho;
La lágrima de amor de un alma seca,
Que volvió su apostólico desvelo
A la fraterna Caridad, salvándola
De los temibles lazos del Averno.
Formad, de tanto bien y tanta pena,
De fragancia inmortal florón inmenso,
Y en su tumba ofrecedlo; que mi lira,
Haciendo coro al hispalense duelo,
Llora, y no canta, y en crespón envuelta,
Se apagan de su voz los tristes ecos.

LA AZUCENA

Entre las flores del prado
Nació nevada azucena,
Aun más pura que las auras
Que su esbelto tallo besan.

Sobre todas las del valle
Su erguido cáliz descuella;
Que siempre tienden al Cielo
La virtud y la inocencia.

El céfiro enamorado
Jamás cruzó la pradera,
Sin perfumarse en su ambiente
Ni besar su alba cabeza;

Ni jamás llegó la noche
A mitad de su carrera,
Sin derramar en su seno
Menuda lluvia de perlas.

Un día, el viento inconstante
Trajo en sus alas ligeras
Gérmen de estériles plantas
Y de ponzoñosas yerbas.

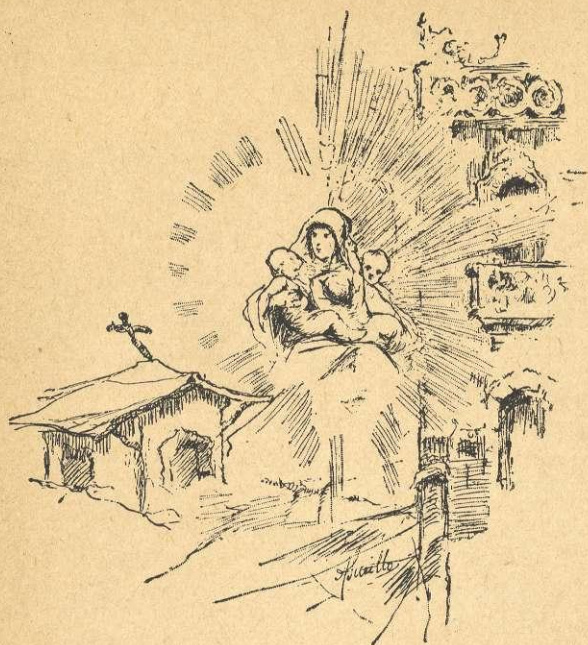
Pronto brotaron altivas,
Junto á la pura azucena,
El seco y punzante espino,
La planta humilde y rastrera.

Ellas llevaron la vida
De la fecunda floresta,
Robando el jugo á sus flores
Que orgullo del prado fueran.

Marchita dobló la frente
La pura y blanca azucena,
Y el viento llevó sus hojas
Pálidas, mústias y secas.

Murió la flor que del prado
Orgullo y encanto fuera;
Que no alcanza larga vida
Entre vicios la inocencia.





CHARITAS

Junto al dichoso hogar, que el gozo inunda
Y el bienestar y la abundancia llenan,
Se alza el tugurio que la angustia oprime
Y anubla la miseria.

Forrada veste combatió al invierno
Con las crecidas brasas que chispean,
Y el soplo helado y la azotante lluvia
Más dulce abrigo en el hogar reflejan.

Mientras el flaco, aportillado muro
Que esconde á la miseria,
A la carne desnuda y aterida
Libre al embate de los cierzos deja.

Brilla la luz en las talladas copas
Y estalla en mil centellas,
Y de epulón feliz la sana hartura
Y la dichosa beatitud refleja;

Mientras hambre y angustias mira el pobre
Cual huéspedes asíduos de su mesa,
Y negro y duro pan, frías cenizas,
La tabla y el fogón míseros muestran.

Dolor, enfermedad, supremas horas,
Llegan también á la morada egregia;
Pero es menos horrible el desconsuelo,
Si no vence solícita la ciencia.

—

Mientras las negras invisibles alas
De azote aterrador flotan y diezman,
Allí dó la miseria y la ignorancia,
Sin ambiente ni luz se ahogan y aprietan.

—

.
¿Quién habrá que á lanzar el vasto puente
En el inmenso abismo, audaz se atreva,
Si tormentoso mar de llanto y odios,
Ruge entre las indómitas riberas?

—

¡Tú, amor excelso, caridad bendita,
Que en solidaria unión al hombre estrechas
Y fundes con el hombre, y que levantas
La vida toda hasta la Suma Esencia!

—

Ese atrevido puente que no alzaron
Ni el poder ni la ciencia,
Lo fabricó el amor en dulce nudo
E inquebrantable y celestial cadena.

—
Unió del infeliz la hinchada lágrima,
Que redentora gratitud expresa,
Con la que brilla en los piadosos ojos
Y en la megilla bienhechora rueda.

EN LA SENTIDÍSIMA MUERTE DE LA INFANTA

AMALIA DE ORLEANS

Todo acabó; de tan hermosa vida
resta solo el altar abandonado
de donde acaba de elevarse al Cielo
la llama virginal del holocausto.

Relámpago fugaz que un solo punto
fulguró y se extinguió; lirio preciado
que un sol miró nacer y marchitarse,
quebrado al viento su flexible tallo.

Con ella todo fué; queda en la mente
un recuerdo fantástico y sagrado,

cual la visión que iluminó los sueños
de nuestros puros infantiles años.

Ella murió! ¿Llorais su desventura?
Llorad vuestra orfandad, que ella á los altos
cielos subiera, á la mezquina sirte
su vestidura terrenal dejando.

Juzgad por esa esfera peregrina,
por esos puros divinales rasgos,
la rara perfección de su almo espíritu
en tan augusta cárcel encerrado.

Ella cruzó el camino de la vida
santo perfume á su pesar dejando,
sin que á la fimbria de su pura veste
osara salpicar terreno fango.

Ella murió; muy alta para el mundo,
Dios á sí la llamó; sellad el lábio,
que perturban la angélica ventura
quejidos de dolor desesperado.

Fué breve su existir, é inmenso duelo
deja en mil corazones desgarrados;

mas no cruzan los ángeles la tierra
sino con vuelo misterioso y rápido.

Todo acabó; de tan hermosa vida
resta solo el altar abandonado
de donde acaba de subir al cielo
la llama virginal del holocausto.

EN LA CELEBRACIÓN DE LA PRIMERA MISA

DEL SEÑOR

D. C. M. PRESBITERO

Hoy que desde su trono de alma gloria
Por vez primera, á tus unguidas manos
El mismo Dios desciende,
Tu espíritu levanta al santo gozo
De tan alta elección; ¿qué á los humanos
Dado le fué que iguale á la grandeza
Que hoy reviste á tu ser? negro y odioso
El repugnante cuadro do se mueven,
Violentas y encontradas ambiciones
Que á la agitada humanidad conmueven,

Affigirá al espíritu cuitado,
Mas no alcanza al vestíbulo sagrado
Del sacerdote fiel; cual templo vivo,
De obcecadas y miseras pasiones
Suenan en redor confusa gritería,
En tanto, en eco acompasado y grave,
Serena sube de la augusta nave
Hasta el cielo la mística armonía.

--

Deja que en tanto á tu alrededor se agiten
La torpe adulación, el vil alhago
Con que del prócer, que escaló la cima
Nubes de incienso eleva en sus altares
Misericordia ó ambición desatentada;
Como en tormenta airada
Las encrespadas olas de los mares
Hunden vencidas su arrogancia fiera,
Y otras su puesto y su soberbia alcanzan
Para hundirse á su vez, así en la historia
Que escribe nuestro siglo turbulento,

Cada ambición se eleva en las ruinas
De otra hundida ambición, menguada gloria
Que cuanto mas ensalza, mas deprime.
¡Oh! ¡Cuán pura y sublime
Del sacerdote la misión descuella!
Con ese mundo que en miserias gime,
Más lazos no te ligan;
Que los lazos del bien; luchan contigo
Cuanto el vicio y la maldad abrigan;
Mas Dios tu brazo y tu palabra rige
Y humilla la cerviz de tu enemigo
Que eslo suyo también.

Empresa santa

La del ministro del Señor; la historia
Tantas veces injusta, no levanta
A la virtud sublime y escondida
Estatuas y columnas en memoria;
¿Pero que importa si al que nada oculto
Esconden tierra y cielo
Contempla desde el trono de su gloria

Tu heroica abnegación? El triste llanto
Que enjuga el evangélico consuelo;
La amarga duda que arrancó del alma
Del sacerdote la palabra augusta;
La vacilante fé que su desvelo
Confirma y robustece
Volviendo al pecho la perdida calma
Que solo Dios ofrece;
El bálsamo bendito
Que restañó la herida,
Volviendo en el perdón á nueva vida
El ánima angustiada del contrito;
La bienhechora mano
Que cierra, cariñosa y conmovida,
Del moribundo los errantes ojos;
La virtud de su acento sobrehumano
Que hace encontrar la calma en la agonía
Y asomar en el rostro moribundo
Sonrisa misteriosa,
Quizás desprecio del dejado mundo...

Quizá aurora dichosa

De ese día feliz que nunca muere...

Esa la empresa es; ese el destino

Que hoy dás á tu ardimiento; esa es la santa

Misión que sobre el ángel te levanta:

Derramar siempre el bien en tu camino.

—

Hoy que con mano temblorosa y pía

El primer incruento sacrificio

Ofreces al Señor, que más propicio

Tus preces y tus súplicas escucha,

Pídele que sostenga nuestro brazo

En la del mundo formidable lucha,

Que ánimo preste al corazón cobarde

—que asaz discreto á la prudencia escucha,—

dando á su fe sacerdotal anhelo;

Bendiga Dios así, tu ardiente celo,

Con los que siempre su esplendor desean

Y las almas que ganas para el Cielo

Heraldos fieles de tu gloria sean.

Sevilla, 1867.

AL ÍNCLITO MAESTRO
VICENTE ESPINEL,

AL ERIGIRLE UN MONUMENTO EN RONDA, SU CIUDAD NATAL

No crecen los laureles de la gloria
Sólo de sangre al mísero rocío,
Ni es sólo permanente la memoria
Del héroe vencedor: el que lo bello,
Realizando en sus obras, nos inspira
La adoración del bien, á cuyo culto
Cuanto es bello y artístico conspira;
Los que, al mover en entusiasmo santo
Toda fibra del pecho generosa,
Al oprimido espíritu depuran

De tanta liviandad y de error tanto,
Son, en justa leal, merecedores
De gratitud perenne y cariñosa,
A par de los mejores;
Y el que al genio procura
Su memoria afirmar en los que viven,
Propagar el amor del bien desea;
Que las bellezas, que el ingenio crea,
De la *verdad* y el *bien* vida reciben.

Hoy que, en el *matrio* suelo,
Para honrar tu memoria esclarecida,
Caro Espinel, se aprestan orgullosos
Del Guadalvin los hijos generosos,
Siente de noble orgullo el alma henchida
Quien te eleva estos débiles cantares.
¡Y cómo nó, si al cielo he merecido
La dicha de nacer junto á tus lares,
Y de vivir en los gloriosos días
Que vengan tu memoria del olvido!
Las aromas y puras alegrías

Que á Ronda presta su vergel florido,
Primer aliento de mi pecho fueron:
Las ricas armonías,
Que flotan en su ambiente perfumado,
Ritmo de vida á mis ensueños dieron:
La luz pura, en que lánguidas se baña
Nuestra hermosa ciudad, abrió mis ojos;
Y tal vez, como en tí, caro maestro,
Sus líneas, sus perfumes, sus colores,
Móviles fueron de mi débil estro.

Pero tú el genio fuiste
Mecido entre radiantes esplendores,
Que sólo es dado vislumbrar de lejos
Al que, cual yo, pregona tus loores
De nebulosa luz á los reflejos.

.

Hoy, Espinel, al encomiar tu nombre,
Alzándote perenne monumento,
Nuestra noble ciudad honrarse intenta;
Que es la gloria del hombre,

Y el tributo rendido á su talento,
Lo que sus propias glorias alimenta.
Y yo, elevando á tí mi humilde canto,
Honro mi nombre al encomiar el tuyo,
Y, en mi fausta legítima alegría,
Exclamo con orgullo:
¡La pátria de Espinel es pátria mía!

Á LA RESTAURACIÓN
DE
D. ALFONSO XII

La que ciñó á su frente
El lauro perenal de cien victorias
Y hallando el viejo mundo
Recinto estrecho á su ambición potente
Buscó otro mundo para hallar más glorias;
La que en el César español repite
El gran poder de la latina gente
Que el de Yuste emuló; la que gigante
Miró rendirse ante su pié las olas
Del pacífico mar y las de Atlante;

La siempre heróica España
Su genio ardiente convirtió en delirio,
Y contra el propio seno, en loca saña,
Volvió suicida el triunfador acero,
Que alzó Pelayo, si lo hundió Rodrigo,
Y Otumba vió brillar. Hijos ingratos,
—Quizás del Cielo instrumental castigo,—
Rodar hicieron el escelso trono
Que en los siglos de gloria se levanta,
Y donde al par de sus heróicos reyes
La patria magestad fijó su planta.
Sonó entonces en la altura,
Con imponente aterrador rugido
Horrible tempestad; descende el rayo,
Que, de impulso satánico movido,
La fe soñara hundir con que Pelayo
En la gruta cantábrica despierta
La augusta patria en Guadalete muerta;
Hunde el ábrego rudo,
A par de las hispanas tradiciones,

Cuanto á la patria engrandecerle pudo
Y formó el esplendor de otras naciones;
Y en copioso aluvión, males prolijos,
Cual doliente matrona,
Lloró por la demencia de sus hijos
La que engarzaba el sol en su corona.

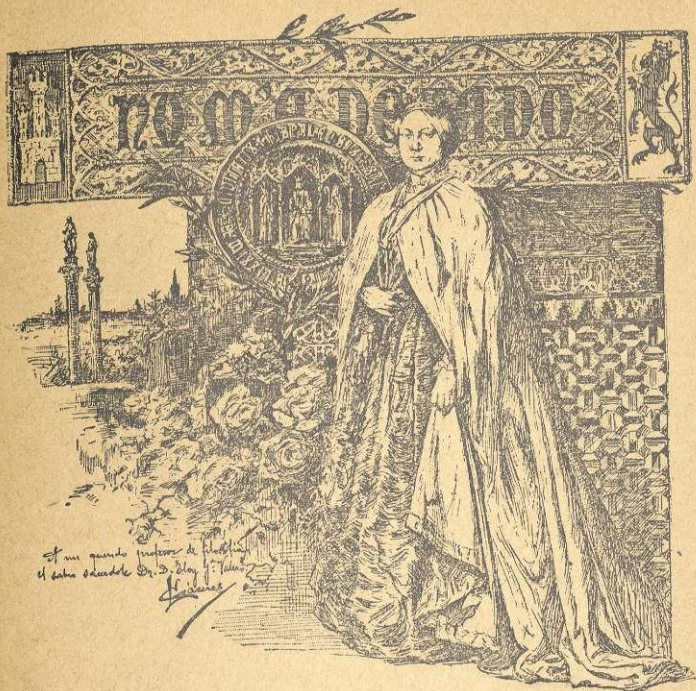
.

Vengó tal vez, el Cielo sus agravios.
Y abrióse el corazón á la esperanza:
De un nombre heróico en los patricios labios
El eco seductor potente alcanza
A redimir de España el triste lloro.
Lo oyó feliz, cual eco de su gloria,
La ciudad de la púnica venganza,
Asombro de los siglos y la historia;
Repítelo entusiasta de los Cides
La ciudad inmortal, y, en fausto coro,
De Calpe hasta el Pirene,
El sólo lema histórico se escucha,
¡Castilla por Alfonso! De la esfera

En sólo un giro á desplomarse viene,
Al mágico conjuro,
La obra falaz de exótica quimera;
Y por el grito histórico evocados,
La fe, la patria y su esplendor hundido
Surgen de los escombros hacinados,
Cual se alza sobre campos descarnados
La verde pompa del Abril florido.
Vedlo elevar. La providente mano
Eleva el trono en que su pié se asienta:
No el acero inhumano
Forjó en la sangre y en el triste lloro
El regio cetro que su mano ostenta:
Cerrado el pecho á míseros rencores
Y al entusiasmo generoso abierto,
No le anuncian, en bárbaro concierto,
De fratricida guerra los horrores.
Niño en quien la enseñanza del proscrito
Formó el sentido de la edad madura,
Lleva, para la ibérica ventura,

Sello del genio en su mirada escrito.
Feliz augurio nuestra dicha abona,
Y su histórico nombre nos ofrece
Eco de glorias mil que reverdece
Lauros sin fin de la mural corona.
Plaza al Derecho, que con él caminan
La fe, la libertad y la grandeza
De la patria de Alfonsos é Isabeles
Que á su prestigio á redimirse empieza.
Heraldo de su gloria,
Llamada á renovar tantos laureles,
Es el júbilo inmenso que su nombre
En todo noble corazón levanta.
Flores de amor, no lágrimas ni sangre,
Brotan donde fijó su noble planta.
Así los cielos á piedad movidos,
Tras un lustro de angustias y dolores,
Renuevan los pasados esplendores
Con la regia grandeza confundidos.
Y vosotros soldados que ensalzásteis,

Al renovar la hispana monarquía,
La nacional grandeza, y restaurásteis
Los fueros del honor y la hidalguía,
Su defensa jurad; que nunca sea
Cual la perfidia, honrado el negro encono,
Y al levantarse el derrumbado trono,
Por siempre hundida la traición se vea.



*Está un grande profesor de historia
el catedrático Dr. D. Cayetano de Torres
H. Torres*

Á LA INSTALACIÓN
DE
S. M. LA REINA D.^a ISABEL II
EN EL REAL ALCÁZAR DE SEVILLA

La que ciñó potente
De César las históricas murallas



Como augusta diadema de su frente,
Que con prolija, enamorada mano,
Juzgándola el edén que vió el profeta
Embelleció entusiasta el africano;
La que miró triunfante en su recinto
A aquel que el Trono y el Altar abona
Y mereció á la par que de Castilla
La de los justos inmortal corona;
La sola leal *cibdad* del Rey Poeta
Do más radiante esplendoroso brilla
El astro de la luz, enamorado
A par del Guadalvir que la circunda,
La Hispalis inmortal, la gran Sevilla,
Hoy mi Reina y Señora,
Al elegirla vos como morada
De vuestra augusta histórica grandeza,
Evoca de entusiasmo enagenada
Sus bellas y gloriosas tradiciones
Que vuestra planta á renovar empieza.
Y en su fausta legítima alegría,

Orgullosa recuerda sus blasones
Y sus timbres de gloria, cuando un día
De defección universal flotaba
Cual *la sola leal*, y pide al Cielo
En vótiva oración, vuestra ventura
Que el afecto Real ligue á este suelo,
Que ya distingue, espléndida, natura.

—
Este ambiente de luz enamorado
En que esculpe y colora
El artista creador la maravilla
De la perla del Bétis seductora:
Ese Guadalquivir, cinta de plata
Que en ondulante voluptuosa curva
Ciñe de sus encantos el tesoro:
La aroma de estos cármenes floridos,
Su aliento perfumado
Que en éxtasis arroba los sentidos:
La pintada esmeralda de este suelo
Dó en cercano matiz vese copiado

El zafir estrellado de su cielo:
Cuanto de bello aquí nos enamora
Ritmo hallará de plácida armonía
En vuestro hermoso corazón, Señora;
Que el alma, por el Cielo distinguida,
Responde en eco armónico y bendito
A cuanto bello toca nuestra vida.

—

La histórica y artística aureola
De esta hermosa ciudad donde se alza
Tanto inmortal perenne monumento,
En vuestra alma entusiasta y española
Himno alzaré de levantado aliento;
Que la ibérica gloria
Estuvo siete lustros asociada,
Oh reina augusta, á vuestra propia historia.
La sabia Providencia
Encaminó, Señora, vuestros pasos
A este preciado suelo
Que viene á engrandecer vuestra presencia;

Y al escoger su alcázar peregrino
Como digna morada
De su noble munífica grandeza,
Misterioso y armónico el destino
Luto y dolor á redimir empieza;
Que si saña cruel habitó un día
Este alcázar dorado,
La Providencia, santa vengadora,
A vuestra inmensa caridad confía
La hermosa redención de su pasado.
Y lágrimas de amor agradecido,
Que vuestra mano por doquier fomenta,
A lavar bastará traza sangrienta
Que en sus muros dejó el rencor escrito;
Cual lacrimoso penitente duelo,
Santo rocío del cielo
Que purifica el alma del proscrito.

—
Así el Cielo concédale á Sevilla
De vos y vuestros hijos la ventura;

Que si esa calma plácida y serena
Soplo el más leve conturbar procura,
El generoso pueblo que os acoge
Y al que lealtad tradicional decora,
Movido en gratitud á vuestros hechos
Y muro haciendo de sus nobles pechos
Como el heleno del Eurotas rudo,
No olvidará, Señora,
La histórica leyenda de su escudo.

EN LAS BODAS
DEL
EXCMO. SR. D. CAMILO POLAVIEJA
CAPITAN GENERAL DE ANDALUCIA
CON LA SEÑORITA
D.^a M.^a DE LA CONCEPCIÓN CASTRILLO

.

Toda una vida ilustre y sin reposo
A la patria defensa consagrada,
Historia insigne de gloriosos hechos,
Guerras del Bereber, triunfos en Africa;
Guerra horrenda y tenaz de la manigua,
A estadios mil de la adorada patria,
Donde flores y luz, campos y soles
Más que sus hombres matan:

Cuántas victorias vuestro brazo obtuvo,
Por alta investidura consagradas
Con que premió la patria vuestros hechos,
Hoy, general insigne, ante las plantas
Las rendís de beldad que os enamora,
Rindiéndole á la vez potencias y alma.
¡Haceis bien, vive Dios! Ved estas glorias
Al prestigio mayor así elevadas
Cual nimbo y pedestal de la belleza
Tímida y pura que gentil señala
Al que vencer las armas no lograron,
Rendido, encadenado ante sus plantas.
El amor en los pechos varoniles
Es noble orgullo y explosión magnánima
De dulce protección con que el ser débil
Hace feliz al brazo que lo ampara.
Es la yedra enlazándose en el olmo
Con cuya ayuda trepadora se alza,
Mientras dichoso, en íntima ternura,
El árbol protector su copa ensancha.

Hay algo en estos lazos que recuerda
La ley de amor redimidora y santa,
Do la virtud y la pureza juntas
A los soberbios y los fuertes salvan.
Legítima expresión de vuestra dicha,
De las manos de Dios cándida baja
Esa dulce atracción que vuestros seres
En dulce unión, indisoluble enlaza.
Al dintel del hogar que á alzarse empieza,
Do el puro incienso en onda perfumada
Vela el misterio que al amor convierte
En fecunda misión que de Dios baja,
Mi torpe verso en oración trocando,
Hago callar las cuerdas destempladas
De mi ya ronca lira, y pido al Cielo
Perenne dicha á vuestras nobles almas.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE

DE S. A. R. LA INFANTA

D.^a AMALIA DE ORLEANS Y BORBÓN

Vuelve á sonar el funeral tañido
Que en el alma vertió místico duelo,
Brotar haciendo en la memoria impía
Doliente, melancólico recuerdo;

Que el intenso dolor, que el alma sufre,
No llevaron las Horas en su vuelo,
Ni al renovar Natura sus encantos
Volvió la dicha al affigido pecho.

Como viste de célicos matices
El éter puro el apartado extremo
Del lejano horizonte, su aspereza
Con su mágico azul embelleciendo,

Así también la celestial criatura,
Que la muerte llevó, viste en el tiempo
Más alta idealidad, si más la aleja
De un presente fugaz vivo recuerdo.

Todo es luto y pesar cuando la esfera,
Los ámbitos del éter recorriendo,
Vuelve á tocar el punto en que su alma
Se alzó radiante del menguado suelo.

Se alzará de los campos descarnados
La blanca alfombra del helado invierno,
Y rasgarán las perfumadas brisas
La densa bruma que oscurece el Cielo;

Pero el dolor, que sus ausencias llora,
Fijó en el corazón perenne asiento,
Y cuanto más las Horas nos la alejan,
Más el alma engrandece su recuerdo.

EN LAS BODAS DE MI QUERIDO AMIGO

SEÑOR D. L. S.

IMPROMPTU EN EL LUNCH

Cuentan viejas tradiciones
De la vieja Escandinavia,
Que el héroe de sus leyendas,
Sansón de aquellas comarcas,
Al pretender sugetarlo,
Rompió cual frágil caña
Ciclópeos terribles muros,
Torres y puertas ferradas,
Las más pesadas cadenas
Y colosales montañas;

Mas un cabello de oro
De las trenzas de su amada,
A inmovilidad completa
Al gigante condenaba.
¿Qué lazo el amor procura
Que así á las fieras amansa;
Que á quien toda fuerza vence
Un cabello, no más, ata?
Es que hay cadenas benditas,
Cadenas ambicionadas,
Que á todas las libertades
Prefieren las nobles almas.
A tí, mortal venturoso,
Que en santo yugo hoy te enlazas
A una de las más gentiles
Doncellas que el Betis guarda,
Por inmediata experiencia
Esta verdad se te alcanza.

.

Libre es el ave que vuela

Sin rumbo ni amiga rama
Donde levantar su nido
Ni lanzar su tierna cántiga.
Libre es la flecha sin rumbo,
Por el azar disparada,
Que hiere el seno inocente
Que casto amor abrigaba.
Libre el salvaje grosero
Sin piedad, sin fé, sin patria,
Sin luz en su entendimiento
Y sin amor en su alma.
Y es esclavo el dulce aroma
Que la flor despide y guarda,
Y el corazón en el pecho,
Y el bien esclavo en el alma.
Y son cadenas los brazos
De la madre idolatrada,
Y los brazos de los hijos
Y los brazos que te aguardan;
Pero son dulces cadenas

De flores y luz formadas,
Cual son dulces servidumbres
Las del hogar y la patria.

.

Cuando griten á tu lado
Libertades tantas, tantas,
Como pregoná este siglo
Que de liberal se paga,
De hoy más escuchar espero
En tus labios entusiastas
Gritar ; *Vivan las caenas!*
Con invencible arrogancia:
El grito de los antiguos
Servilones de mi patria.

EN LA MUERTE DEL GRAN REPÚBLICO

D. ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS

SONETO

Su voz tonante en memorable día,
No justicia, silencio, reclamaba,
Y su palabra, cual la hercúlea clava,
Hidras y mónstruos formidable hundía.

De un poder temerario la osadía
En apóstrofes rudos increpaba...

Que se escriba, la cámara gritaba:

Que se esculpa, indomable respondía.

España á su patricio sin segundo,
Debido honor en su orfandad rindiendo,
Negro crespón en la tribuna ondea:

Digno tributo, en su dolor profundo,
Del que á Catón Demóstenes uniendo
Los fundió en su figura gigantea.

Sevilla, 1883.

A S. M. EL REY DON ALFONSO XII

AL VISITÄR SU AUGUSTA PROMETIDA

S. A. R. D.^a MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON

La Hispalis inmortal, la gran Sevilla,
Hoy, Señor, que en sus ámbitos esconde
Complemento feliz, dicha colmada
A vuestra augusta escepcional grandeza,
Evoca, de entusiasmo enagenada,
Sus bellas y gloriosas tradiciones
Que vuestra planta á renovar empieza.
Tened Señor por venturoso augurio
Vuestra elección feliz, que á Dios alzando
Su vótiva oración, que hasta Dios llega,

Por vuestra dicha, generosa, ruega
La ciudad inmortal de San Fernando.

Timbre el más alto de su noble historia,
Con orgullo proclama
Vuestra noble elección, que halló en su suelo,
Para asociar á vuestra excelsa gloria,
El virginal querube que os dá el Cielo,
De dulcísimas formas revestido;
Y diz, que cuando el eco de la fama
Su partida anunció, triste gemido
Lanzó Guadalquivir, que tantas veces
En su cristal copió célica imágen
De la más bella flor de sus riberas,
Y su orfandad futura deplorando,
Lágrimas con sus olas dió á los mares,
En su grandeza histórica envidiando
La dicha del humilde Manzanares.

Sevilla 20 de Diciembre de 1877.



ODA

PREMIADA EN EL CERTAMEN
DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS,
EN ABRIL DE 1894.

Escelsus super omnes.

En la cóncava cripta arrodillado,
Que avara esconde, en el grandioso templo

De cristianos monarcas alto ejemplo,
Y de guerreros inmortal dechado,
Celeste inspiración, estro fecundo
Para cantar la excelsitud pedía
Del Santo Rey admiración del mundo.
En el silencio místico y profundo
De la nave sombría
Parecióme escuchar voz que increpaba
Al que, de humildes alas revestido,
Su torpe vuelo encaminar osaba
Adonde labra el águila su nido.
Calmé despues mi agitador recelo,
Pensando que si ciega el atrevido
Que osa mirar de frente la del Cielo,
Por la lumbre del sol desvanecido,
En la inmóvil pupila
Del pez humilde, que en las ondas mece
Su inquieto sér, bajo el cristal cautivo,
Rápido resplandece
Alguna vez un rayo fugitivo;

Y si de turbio mar puede la oscura
Onda anegar al débil sentimiento,
Y alzar la voluntad á torpe intento,
No se atreve á la pura
Y serena región del pensamiento.

Vivir en ruda perenal batalla,
Ceñido el férreo casco del soldado,
Sin aliviar al bruto fatigado
Ni desceñirse la opresora malla;
Tener el noble intento
De la divina voluntad pendiente;
Trocarse, libre, en dócil instrumento
Del brazo omnipotente;
Ofrecer en humilde acatamiento
La abnegación suprema de la vida,
Y áun á la paz robarse que acompaña
Al alma justa para Dios nacida:
Tal el Rey Santo. En su grandiosa historia,
Que ni pecado ni derrota empaña,
Abrió su mano á nuestra heróica España

Todo su inmenso porvenir de gloria.

Las de Carmona, Córdoba y Sevilla,
Mairena y Alcalá, fuertes murallas,
Vieron llegar su hueste salvadora,
Y del regio bridón sobre la silla,
En el erguido arzón, exploradora,
La Virgen celestial de las Batallas.

¿Cual barrera invencible detendría
Del gran Fernando el ardoroso celo,
Con tan segura guía

Y la resuelta protección del Cielo?
Sus empeños así nunca encontraron
A sus embates resistente muro,
Ni los rayos del sol iluminaron
Jamás su vencimiento,

De los triunfos de Dios siempre seguro;
Que inflamada en su amor su fantasía,
No era el propio ni el patrio acrecimiento,
Sino el triunfo de Dios, lo que á su aliento
En fuerza incontrastable convertía.

Porque es la fé, cuando su llama pura
Inflama y llena el corazón creyente,
Quien trueca las montañas en llanura,
Y su influjo potente
Cambia en rápido instante,
A par del mundo, los humanos pechos;
Y era su fé, como su amor, gigante,
Y cual su fé y su amor fueron sus hechos.

¡Ah! que el alma perdida
En tanta confusión atronadora
Y á protervos estímulos unida
En la presente edad, mísera llora
--Cuando aún la fé del corazón no ha huido--
Tan hermosa piedad desvanecida,
Tanto esplendor hundido!

¡Venturosos aquellos
A quienes dado fué vivir los días
De tanta gloria y fé, y á los destellos
De sus celestes luces y alegrías
Fortalecer el alma, que hoy deplora

No haber nacido en ellos!

Aquella interna paz dulce y riente,
Que aún del combate en el fragor respira;
Aquel desdén heróico con que mira
La adversidad el corazón creyente;
Aquel ambiente generoso y sano,
Que al fatigado corazón depura,
Y ahuyentando lo mísero y liviano,
El vigor de los pechos asegura;
La sublime ilusión del moribundo
Que al sucumbir, tras múltiples victorias,
En holocausto de su amor fecundo,
En su pupila reflejar soñaba
Con el último sol que la inflamaba,
La viva lumbre de futuras glorias.
Aquel creyente generoso anhelo,
Tantas almas del barro desprendidas,
Con las alas tendidas,
Siempre dispuestas á volar al Cielo;
Toda expresión de fé, todo heroismo,

Toda moral grandeza,
Fué entonces el ambiente de la vida,
Aun en su tosca y natural rudeza,
Cual flor en tierra virginal nacida;
Que cuando linfa bienhechora inunda
Suelo inculto y feraz, en tronco y rama,
Por la oculta raíz, savia fecunda
De exuberante vida se derrama.

No, no condena el labio del poeta
El esplendor de la moderna vida,
Ni el audaz pensamiento que interpreta
La fuerza, ó ley secreta,
Por Dios entre los seres escondida.

Pero el alma creyente,
En su piadoso afán, triste deplora
La hermosa fé que el corazón no siente;
Y las virtudes olvidadas llora,
Exhausta al ver la bienhechora fuente
De los héroes y santos productora.
Así estos siglos de moral alteza,

Como su propio fruto, produjeron
Del Santo Rey la colosal grandeza,
Corona de las glorias de Castilla;
Que nunca los artistas consiguieron
Sobre la blanda y polvorosa arcilla,
Sino en mármoles duros
—Que más el Arte á lo inmortal ajusta—
De sus héroes tallar la estatua augusta,
De su gloriosa eternidad seguros.

¡Ah! si esta edad soberbia y descreida,
De las conquistas de su ciencia ufana,
No olvidara, en su luz desvanecida,
Que en la tierra el dolor es ley de vida
Y es un soplo no más la vida humana!
¡Ah, si ante el sol que iluminó su mente
—Como el Santo inmortal nunca vencido—
Mi siglo emprendedor, pero creyente,
Dócil bajara la atrevida frente,
A la debida gratitud rendido;
Cual digno templo, la creación entera

Se ofreciera al Creador, y cada invento,
Que ensanchara el humano pensamiento,
Una oración propiciatoria fuera;

Y de Dios la sonrisa irradiaría

—Del Providente auxilio mensajera —

Sobre mi siglo y sus brillantes glorias;

Y mi edad, cual Fernando, contaría

Sus jornadas y empresas por victorias!

.

De la cristiana fé los claros ojos

Miran flotar, en la encantada orilla

Que guarda los riquísimos despojos

Del Santo Rey, su imágen adorada,

Cual de éter trasparente fabricada.

En sus manos de luz radiante brilla

La vencedora espada

Que ensanchó los linderos de Castilla,

Con la que fué para la Cruz ganada

Nuestra imperial, magnífica Sevilla.

Allí del Bétis á los hijos llama

Con afanoso protector desvelo.
«Os gané para el Cielo,»
Con paternal solicitud proclama.
Guarda, Sevilla, con piadoso celo
Su fé, memoria y protección bendita;
La sangre y el sudor de tus mayores
Y el polvo de sus tumbas es tu suelo.
A su grandioso ejemplo nos excita
Su inmensa fé, perfume de tus flores,
Que hasta en el éter de tu luz palpita.

EN LA ELEVACIÓN Á LA DIGNIDAD CARDENALICIA

DEL

EXCMO. Y RVMO. ARZOBISPO DE SEVILLA

*Los honores, las grandezas,
Dignidades y fortuna,
Son justo timbre y corona
Cuando las sienes circundan
De quien, el bien realizando
Que el honor de Dios procura,
Hace reinar en los hombres
Paz y caridad fecunda,
Dulce reflejo en la tierra
De la gloria en las alturas.*

I.

La torre de la Giralda,
Ese alminar peregrino,
Palmera gentil de Oriente
Alzada en el paraiso,
Que soñara el mahometano
En sus vehementes deliquios,
Un tiempo, inquieto vigía
Del berebere intranquilo,
Que la rota de Zalaca
Cantara en salvages gritos,
Despues ardiente entusiasta
De las grandezas de Cristo,
Centinela de sus tiendas,
Epica voz de sus triunfos,
Hoy eco fiel del hispalo
Católico regocijo,
Lanza en sonoros raudales
Sus más calurosos himnos.

Es que egregio mensagero
Diz que de Roma ha venido,
Y del Pontífice Santo
Prenda de cordial cariño,
Y en declaración solemne
De los méritos altísimos
De nuestro ilustre Prelado,
Con augusta insignia vino,
Que al santo Pastor coloque
Entre los príncipes ínclitos
Que imperial púrpura visten
Como emblema fidelísimo,
De hallarse siempre dispuestos
A dar su sangre por Cristo.

II.

Honor debido á la Sede
De la histórica Sevilla,
Dice vuestro noble labio
Que franca humildad respira;

E injusta anduvo, por cierto,
Vuestra modestia sencilla,
Callando los altos timbres
Que decoran vuestra vida.
No la soberbia ni el fausto,
Ni endiosada altanería,
Ni asperezas, ni aislamientos
Con que vanidad altiva
Culto presta al propio orgullo,
Velado con el sofisma
Del alto desdén que imponen
Las dignidades altísimas,
A perturbar alcanzaron
Vuestra existencia sencilla;
Y sóbrio, afable y modesto,
Con la ternura dulcísima
Que ata con lazo insoluble
Al ánimo agradecida;
Generoso, desprendido,
Con la caridad vivísima

Que las riquezas del mundo
Con desdén perfecto mira,
Sólo en célicos tesoros
El alma creyente fija,
Lograron vuestras bondades
Rendir las almas esquivas,
Y con elevado espíritu
Que luz de amor ilumina,
Conciliador, atrayente,
Movido á piedad vivísima
Que odios salvajes espanta
E intransigencias suaviza,
Lográsteis, Pastor amado,
Las más preciosas conquistas,
Las barreras superando
Con que las almas mezquinas
Atajan el noble imperio
De la caridad bendita;
Y si el pecador contrito
Al Cielo más regocija

Que las almas de cien justos,
En fé y piedad siempre vivas,
Ganado hubisteis vos tantas,
Y aliviado tantas cuitas,
Y apagados tantos odios,
Y aplacado tantas iras,
Que os sobran títulos hartos
A que la purpúrea insignia
Venga á ceñir vuestras sienes,
Honrando al par á Sevilla.

III.

Hoy la ciudad generosa
Que el claro Bétis circunda,
Y ciñe el amante abrazo
De sus ondulantes curvas;
La de los cármenes mágicos,
La peregrina hermosura
Que arranca perpétuos ayes
De la musulmica guzla,

Que llora con la del Darro,
La rica perla andaluza;
Hoy con alegres extremos
Su almo contento denuncia,
Al ver Pastor tan amado
En dignidad tan augusta;
Que al contemplar en el mundo
La eterna menguada lucha,
La fuerza, el lazo constante
Que la obediencia procura,
El terror, constante estímulo
Que á la voluntad impulsa,
Siéntese el alma ganada
Por suavísima dulzura,
Y vítor feliz le arranca
De Dios la doctrina augusta,
Que en lazo de amor convierte
El que á la obediencia impulsa,
Y une al Pastor con su grey,
Y á todos con Dios anuda.

*Por eso, honores, grandezas,
Dignidades y fortuna,
Son timbre justo y corona,
Cuando las sienes circundan
De quien, el bien realizando
Que el honor de Dios procura,
Hace reinar en los hombres
Paz y caridad fecunda;
Dulce reflejo en la tierra
De la gloria en las alturas.*

EN LA SENTIDA MUERTE DE LA INSIGNE POETISA

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE

Vuelvo á pulsar la abandonada lira
En expresión de mi dolor acerbo.....
Que llora el alma con su muerte extinta
La viva luz de su preclaro ingenio,
Y roto mira el prodigioso engarce
De opuestas dotes, que en feliz acuerdo,
Un alma excepcional juntas formaron
De grandeza y candor dechado egregio.
Sentir reverberar dentro del alma
La irradiación espléndida del genio,
Que lo vulgar y lo inferior desdeña,
En nativa impulsión y desapego,
Y del pecho arrancar el noble orgullo,
Que revela al espíritu selecto,
Su augusta distinción, luz y horizontes,

Sólo á las almas de elección abiertos:
Y mientras brilla en los velados ojos
La escelsa lumbre reflejada en ellos,
Cruzar la vida, su radiante estela,
En modestia y piedad oscureciendo...
Dulce, creyente, resignada y pura,
Los efluvios del númen lisongeros
Nunca á la casta, á la cristiana esposa,
En sueño alhagador desvanecieron.
Hoy, tras su muerte inolvidable y santa,
Con asombrada admiración contemplo,
Del vate y del esposo inconsolable,
El escogido abrumador tormento.
En el frondoso encantador retiro,
De donde á Dios se alzara, en raudo vuelo,
En donde estancias, árboles y flores,
Vivos evocan punzador recuerdo:
Donde los ojos encontrar esperan,
Su trasparente sombra recorriendo,
El bosque amado y el vergel riente,

Que cuidó su solícito desvelo:

Donde en estancia, como en nido y flores,

Impreso queda el venerando sello

Del ser querido, que en reposo mudo,

Dejó cuanto sus manos removieron,

Vive, con estos ecos animando

El adorado y torcedor recuerdo,

Su amante admirador y egregio vate

De su vida el ilustre compañero.

Cuando el hirviente Sol su luz envíe

Los dias transparentes y serenos

En leve lluvia como polvo de oro,

Con que fecunda el palpitante seno

De la tierra del astro enamorada,

Y abra la flor sus pétalos de fuego

Para embriagaros con su dulce aroma,

Y rítmico, murmure el arroyuelo,

Y parlera y feliz el ave cante

Entre las flores del pensil ameno,

Y la crespá melena de las frondas,

La brisa agite en melodiosos ecos,
Y brote en corazones juveniles,
Aun al dolor y al desencanto ajenos,
Himnos de alborozada primavera,
Cantos de amor, renovador eterno,
Y con luces colores y armonías,
Hada prestigiadora del deseo,
Naturaleza, la eternal sirena,
Robaros quiera al fervoroso duelo,
A la tristeza, permanente huesped
Del solitario, dolorido pecho,
Del vate y del esposo inconsolable
Habrá de responder el sentimiento:
«Su desposada fiel, mi alma creyente
Ferviente culto en su orfandad rindiendo,
Con cristiana piedad, firme levanta,
Sobre el roto prestigio de sus sueños,
Sobre luces, colores y armonías,
Sobre toda la vida su recuerdo.»

Sevilla Abril de 1892.

AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA
POR
CRISTOBAL COLÓN

PREMIADA EN EL CERTAMEN INTERNACIONAL
DE
BUENOS AIRES
CELEBRADO EN 1884

Attollite portas.

¡Cómo la insigne gloria
De la adorada patria á el alma lleva
Noble entusiasmo y mágica alegría!
¡Cómo la heróica y envidiada historia
De la España de Otumba y de Pavía,
La viva fé del corazón renueva
Que decadentes siglos olvidaron!
En el troquel de las sangrientas luchas
Que en siete siglos en Iberia alzaron

Perenne, interminable campamento,
Formó el Eterno el colosal aliento
Que tan gigantes hechos reflejaron:
Cual, si el sagrado fuego
Que en la gruta cantábrica encendiera,
En vasta combustión trocado luego
Por todo el ancho mundo se extendiera!

—
Augusta, generosa Providencia
Infunde en el profundo pensamiento
Del sabio genovés la firme ciencia
Que hasta la fé del mártir se avecina;
Y encarnación sublime
Del genio entero de la patria amada,
Que los quebrantos de la edad pasada
Con laureles innúmeros redime,
Colón procura en las avaras olas
Inmensos mundos, pedestal bastante
A las inmensas glorias españolas;
Que en la epopeya colosal, gigante,

Que el hispano valor y fé trazaba,
Debido premio el Juez omnipotente,
Como epílogo digno, preparaba
Dos mundos por corona de su frente.

—

¡Isabel y Colón! ínclitos nombres:
Ellos completan la envidiada historia
De nuestra patria amada
Con los timbres más altos de su gloria;
Del sabio al atrevido pensamiento;
Al dato de la ciencia indubitada.
La fé y el corazón les prestan vida,
De Isabel en el claro sentimiento;
Y el histórico Palos, do arribaban
Besos y brisas de ignorados mundos
Que amorosos reclamos semejaban,
Miró, en dichoso, inolvidable día,
Breve escuadra y audaz marinería,
Que hacía la oscura inmensidad zarpaban.

.

—

Pequeñas naves en su seno llevan
El genio entero de la patria mia,
Y la fenicia intrepidez renuevan.
Las no surcadas olas
Abren ante la ibérica osadía
Ruta de gloria á naves españolas...

.
Como pesada losa de granito
Al pecho oprimen fúnebres temores;
Se extiende ante los ojos soñadores
Lo ignoto y lo infinito.
Pero el desdén heróico castellano,
En la perenne adversidad fundido,
Ante los mónstruos mil del Oceano,
Viene, como ante el bárbaro africano,
A morir ó á vencer apercebido.

—
Aún mira ante sus ojos
El de Pelayo triunfador acero,
Que alzando de los míseros despojos

De hostiles razas y total ruina,
Pueblo sojuzgador del orbe entero,
Para cetro del mundo se destina.
Aún escucha su oído
De la cántabra cueva el grito santo,
Himno triunfal, despues.... glorioso canto,
En tan sonoros ecos repetido.

—

Surcan el mar las atrevidas proras;
El Cielo el temple de las almas prueba
Y con creciente intensidad renueva
Angustias del espanto precursoras.
Tras la lejana bruma
Hundióse al fin el adorado puerto
Y... ¿surcará sin fin del mar desierto
Sobre la veste azul cándida espuma?
La fé del fuerte corazón descende,
Surge el instinto de la vida ciego,
Y tras el vano ruego,
Aterradoras cóleras enciende...

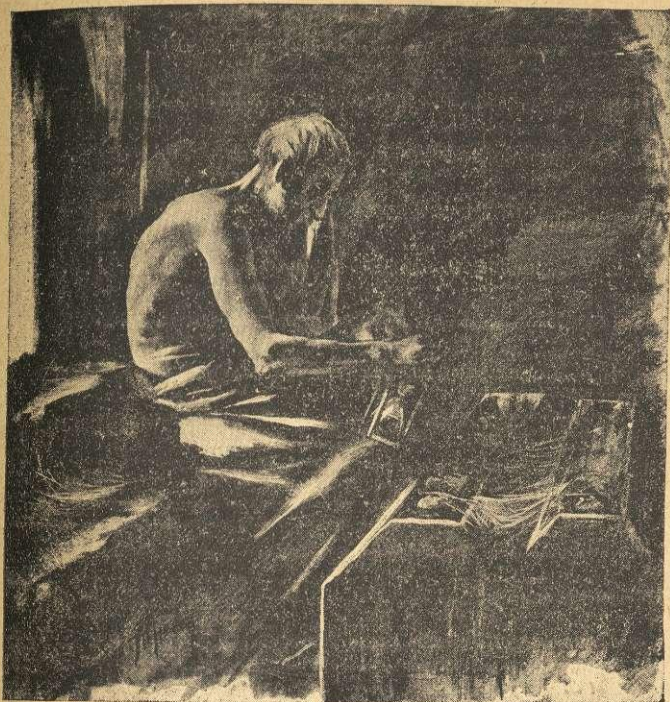
Cercado de la turba bramadora
Alzada contra el genio en ruda saña,
Colón sus almas aplacar procura,
Y la serena magestad que baña
Su augusta faz la tempestad conjura.

Cual digno pedestal su planta hollaba
Sobre el inmenso mar, el alto puente,
E irguiendo al cabo la abrumada frente,
Propia estatua del genio semejaba.
Al horizonte, á su ansiedad cerrado,
Piden al par el sabio y el creyente
Respuesta ineludible, eco sagrado
A la divina voz que el alma siente;
Y cuando al cabo, compasiva aurora
En esmeralda y flores irradiada,
Término puso á renaciente guerra,
Mostró á la vez la suspirada tierra
Y la ignorancia ante el saber postrada.

—
De Palos al zarpar la audacia ibera

En flota humilde que rompió el misterio
Que el no surcado piélago encubría,
Beso de amor al vírgen hemisferio
Dios mismo, cual su digna mensagera,
Con la española hueste dirigía.
Que el cielo providente
Para llevar la lumbré bienhechora,
Que de ignorancia y maldición redime
A las vastas regiones de Occidente,
Inflamó de Colón la egregia mente,
Y de Isabel el corazón sublime.

Por eso al consagrar mi humilde canto
Al memorable día
El que Colón con entusiasmo santo
De las playas ibéricas partía,
Mi lira, al par, la excelsitud pregoná
De la española, incontrastable gente,
La empresa audaz que su esplendor corona,
—Y el genio unido á la piedad abona—
La grandeza de Dios omnipotente.



LA CRYPTA

Ante los mudos restos carcomidos
Del legendario Rey, víctima airada
De bastardos, indómitos rencores,
Hoy con los restos de Fadrique unidos

Y al par denunciadores
De la histórica saña fratricida,
Vé el ánimo apenada,
Tras las dolientes luchas de la vida,
Del tiempo la segur niveladora
Unir con filosófico sarcasmo
En tumba estrecha, que piedad implora,
Los que encono implacable dividiera
Y del odio el satánico entusiasmo
En tigres sanguinarios convirtiera.

—
Ante el callado fúnebre sosiego;
Ante la sorda calma,
Como manto de olvido
Sobre la humana indignidad caído,
Desencanto y dolor surge en el alma;
Y en la cripta, en el antro silencioso,
Límite santo á dó á estrellarse llega
Del existir el vértigo incesante,
Brota el pensar cansado y doloroso

Que á toda humana idealidad se niega,
Y la flora del ánima radiante
En negras olas de dolor anega.

—
¿Qué son, ante el misterio pavoroso
Del dolor y el morir; que, ante el reposo,
Que cual desden indiferente y mudo,
Sigue al necio agitar de nuestra vida,
La lucha y el laurel de la victoria?
Obras del ódio y del rencor sañudo,
Que nécia presunción envanecida
Envuelve en oropel de falsa gloria.
Sólo es eterno amor; él sólo imprime
Sello divino en los humanos hechos
Y hace nacer su inspiración sublime
La heróica abnegación de nuestros pechos:
Que es el amor la síntesis divina,
Inmenso mar en cuyo vasto seno
Calman sus mútuas iras los torrentes,
Los turbios rios y las claras fuentes,

Y en el fondo dejando el negro cieno,
Se eleva luego la esponjada nube,
Y holocausto de amor hasta Dios sube
Cual puro incienso en espiral sereno.

—

Mirad; entre las órbitas vacías
Del vencido en Montiel, habitar osa
Mísero insecto, en vida silenciosa,
Y audaz discurre por las sienes frías
Que aun conservan las huellas del ungió,
Y á su mútuo rencor indiferente,
Cuelga en el surco de la hendida frente
Del bastardo infeliz columpio y nido,
Mientras en la hundida sien, de amor y olvido
Llega un beso á imprimir ;noble enseñanza
De la materia vil, más generosa
Que el alma rencorosa
Palpitando al furor de la venganza!

—

¿Qué fué de lucha tanta, y fiero encono?

¿Qué del rencor que envenenó la vida
Y hasta el candente, ambicionado trono
Alzó otra vez la sangre fratricida?
¿Qué fué de tantas horas
Robadas al benéfico sosiego
De la existencia plácida y serena,
Que de envidiable paz el alma llena,
Trocada en vivo, permanente fuego
Que anticipa el infierno entre los seres
Nacidos para amar? Viento que un día
Agostó de los prados la verdura,
Y con desden espléndido natura
Al nuevo sol de nuevo embellecía;
Y en estrecho recinto confundidos,
Cual burlador sarcasmo de la suerte,
Restos, aun en la vida carcomidos
Por recíprocos ódios y ya unidos
En el callado abrazo de la muerte.

—
Flota la cruz bendita,

De toda adversidad consoladora,
Sobre el humano, criminal olvido;
Aún brilla en el ambiente corrompido
En que la humana indignidad se agita,
Viva luz de las sombras vencedora;
Destácase en la cumbre
De amor y paz la enseña bendecida,
Que entre fulgores de radiante lumbre
A la perenne beatitud convida.
De esos sus brazos, proyección sublime
Del abrazo de un Dios, brota infinito
Amor y luz que al mísero precito
De su ominosa esclavitud redime.
Cuando esta luz á la conciencia inunda,
Comprende el pensamiento en su flaqueza
Que sólo es digna universal grandeza
La que en amor y abnegación se funda.
Y á través de la mágica esperanza
Que al alma eleva en generoso vuelo,
Mira la lucha en el menguado suelo

Vértigo obcecador, que al fin alcanza
Perdón y luz tras penitente duelo.
Con fé tan lisonjera
Justo es pensar, de los que unió el destino
Y á quienes hondo abismo dividiera
En su vida mortal, que luz divina
Quizá en sus almas al partir luciera:
Y á penitente contrición movidos,
Y al fijar de una vez su eterna suerte
Quizá en lazo de amor viéronse unidos,
Y hoy, cual reflejo en la materia inerte
De su celeste paz, *vense reunidos*
Esos míseros restos carcomidos
En el callado abrazo de la muerte.

PARA EL ALBUM DE S. A. R. LA INFANTA

DOÑA MERCEDES DE ORLEANS
FUTURA REINA DE ESPAÑA

.
Por eso, al par que en los serenos ojos,
Brilló el azul de nuestro claro cielo,
Y el nácar y la rosa de su ambiente
En las mejillas cándidas lucía,
Y en regio continente,
Vuestra gentil cabeza
Sobre el talle escultórico se erguía
Cual la flor más gallarda de este suelo,
Célica luz, en lámpara de oro,

En tan augustas formas puso el Cielo
De vuestro escelso espíritu el tesoro.
No es mucho, pues, que á plácemes Sevilla,
Que esconde avara en su amoroso seno
La rara compendiada maravilla
De su entero esplendor y dulce encanto,
Una, de su pasado á la memoria,
De anunciada orfandad el triste llanto;
Que si el ilustre Rey, á quien la historia
En inmortales páginas reserva
Lugar insigne, á par de los mejores,
El conquistado corazón y trono
Pone á sus pies, Sevilla generosa,
De las venturas pátrias en abono,
Mira llevar del encantado suelo
La que su orgullo fuera,
Y con materno, cariñoso duelo,
La vé desaparecer de su ribera.

Pero nó de la Ibérica alegría
Turbe de Ixbilia el codicioso lloro

La concertada plácida armonía,
Que es la pátria, deidad á cuyo culto
Es el propio existir débil ofrenda;
Y si el jóven Monarca fortunado,
En su elevada frente lleva escrito
El resplandor del genio, sublimado
Con la augusta nostalgia del proscrito;
Si providente el Cielo
Trocó á su paso en esmeralda y oro
La que tiñó de púrpura su suelo,
Fraterna lucha, de su fé desdoro;
Si al mágico prestigio de su nombre,
La pátria decadente dulce aurora
Miró brillar en rayor de ventura
Que ya los montes y los prados dora;
Si apenas á los valles descarnados
Tres veces dió el Abril manto de flores
Y ya, en copiosa multitud realzados,
Brillaron los hundidos esplendores;
Si tantas glorias ya, grandeza tanta

Su breve historia ofrece,
¿Quién sino voz, del Cielo distinguida,
Princesa augusta, compartir merece
Su trono y su esplendor? Pródigo el Cielo
Almas, al desamor nunca rendidas,
En ambos infundió; dulce belleza,
Del corazón reflejo, os avalora,
Y tan noble atractiva gentileza
Los más cerrados pechos enamora.
Como las brumas ante el sol radiante,
Huyen á vuestro aspecto confundidos,
Con el torvo rencor, siniestros odios,
En simpático impulso convertidos.

¡Gloria al Señor! Por El santificada
Esta dulce atracción que vuestros seres
Funde en un solo sér, el pueblo Ibero
Anticipado galardón alcanza
Del recíproco amor y fausta dicha,
Que brinda esta dulcísima alianza.
Si por ella asociada al régio trono,

Princesa insigne, nuestro suelo os mira
De futuras grandezas en abono,
Pensad que al Bétis, que por vos suspira,
Sus olas enturbió huérfano duelo;
Que las flores, que abrió vuestra presencia,
Sus cálices plegaron
Al anuncio no más de vuestra ausencia:
Mas si quereis que primavera hermosa
Brote risueña en el hispalo suelo,
Entre sus bellas flores,
Con no olvidado amor Sevilla os vea,
Para que al par que ciña vuestra frente
La gloriosa corona de Castilla,
La ciudad que en miraros se recrea,
No descienda doliente
La que en sus sienas inspiradas brilla.

SEVILLA

.

Aquí del de Sidón trajo orgulloso
Sobre su riza espalda el claro río
La tiria naos preñada
Del genio y la cultura del Oriente,
Que heredara despues la gran Cartago;
Aquí de la inspirada
Hélade sin rival el genio ardiente
Brilló también, y tras el ancho estrago
Que acumulan los siglos en la historia,
Roma llegó también, pueblo gigante
Hambriento de poder, rico de gloria.

Roma, ciudad sagrada
Que tuvo sola con sus grandes hechos
La historia de once siglos vinculada;
Que, cual la gota en el tranquilo lago,
En innúmeros círculos ampliada,
Miserable colina fuera un día,
En la orilla del Tiber, despreciada;
Después el mundo de la antigua ciencia,
Boceto colosal del anhelado
Mundo de amor, de luz y de armonía
Que augusta, inescrutable providencia
En un rincón del mundo preparaba...
La ciudad de los mundos vencedora
Aquí llegó; y el héroe que encerraba
En su cerebro inmenso
Todo el génio de Roma triunfadora,
Ciñó con fuerte muro,
Diadema augusta de su hermosa frente,
A la perla del Bétis de ondas de oro,
Avaro receloso é impaciente

Que guarda inaccesible su tesoro.

—

Y junto á sus murallas sacrosantas,
Alzáse de Teodosio y Adriano
La cuna veneranda, y de Trajano,
Que el mundo vió postrado ante sus plantas;
Colosales ruinas
Que, tras la invasiones que siguieron
Y de la guerra el perdurable estrago,
Su gloria y la de vates que ya fueron
Publica el *amarillo jaramago*.

—

.

Mas llegará despues aciago día
De negro luto y desolado lloro
Sobre los hijos de la patria mía;
Y las feroces tribus agarenas,
En más crecida turba
Que del líbico yermo las arenas,
Dominaron al fin el suelo hispano;

•

Y al contemplar el celestial hechizo
De las del Bétis mágicas riberas,
Juzgó ya el africano
Encontrar su soñado Paraiso;
Y con prolija. cuidadosa mano,
Bordó sobre su suelo
Alcázares y torres que hallaría
Su ardiente soñadora fantasía
En el lascivo mahometano cielo.

—

Libre Sevilla fué; su gran Fernando,
El siempre vencedor en las batallas,
Del humilde devoto y del guerrero,
Logró abatir con su invencible acero
Las altivas históricas murallas;
Y lanzado á otro suelo el Africano
Dejaba en nuestra espléndida Sevilla
Digno asiento al monarca castellano.
Corte del santo Rey, del de Castilla
Sabio legislador y del severo

Legendario amador de la Padilla,
Quién sabe si cruel ó justiciero...
¡O noble patria! cuna sacrosanta
De tantos y tan ínclitos varones!
Aquí el divino Herrera,
El perfecto dulcísimo Rioja,
Y otros cien de inmortales concepciones;
El que arrojó en sus lienzos peregrinos
El color de las célicas regiones,
Luz de Cielo prestando á sus creaciones,
En contornos movibles y divinos;
Y tanto ilustre Apeles
De universal espléndida memoria,
Que en el hechizo del hispalo suelo
Y en el color de su radiante cielo
Hallaron luego inspiración y gloria.

Así el Cielo en benéfico rocío
Haga eterno el verdor de los laureles
Con que tus sienas inspiradas ciñes:

Tu hermosa juventud y lozanía
Eternamente embellecer se vea,
Como inspiras al arte y la poesía,
Como el alma del vate te desea.

EN EL FALLECIMIENTO
DE S. M. LA REINA
D.^a MARIA DE LAS MERCEDES

Aún el eco resuena
De vítores sin fin y de alegría;
Aún los espacios llena
General, entusiasta clamoreo
Con que el pueblo español de gozo henchido
Ruidoso festejaba el himeneo
Por el amor y el cielo bendecido.
Genio y virtud, belleza y candor santo
Viviente estatua á nuestro culto alzaban,
Por pedestal tomando el régio trono;
La humilde lira mia
Aun sus fibras agita, con el canto

A tan dichosas nupcias dirigido,
Y ya el bronce sonoro,
Con funeral conmovedor tañido,
Luto provoca y desolado lloro.
¡Ha muerto! de estupor sobrecogido,
En unísona voz el pueblo gime,
Y la doliente ibérica matrona
Al rostro alzando el desceñido manto,
Luto ciñendo á la mural corona,
Une su grito al tétrico rugido
Del Leon Español del rayo herido,
Y de Pirene al Líbico desierto,
Entre ayes de dolor y triste llanto,
Repite el eco sIn cesar ¡ha muerto!

.

.

Aún viva guarda la memoria impía,
Cuando al partir de la feráz ribera
Del triste Guadalvir, que ya lloraba
Su futura orfandad, voz placentera

Con prematuro acento la aclamaba
Reina de España ya; de su megilla
Huyó entonces la cándida azucena
En adorable púrpura trocada;
Tembló en sus dulces ojos el diamante
De una furtiva lágrima, arrancada
A su modestia angelical y pura,
Y cual onda divina,
La púdica virtud, el candor santo
Bañó su dulce esfera peregrina
De celeste esplendor, de raro encanto.
A su presencia, el alma conmovida
Gracias alzaba á Dios, que concediera
A nuestros ojos ver la pátria amada
Por las alas de un ángel defendida;
Y la máxima cierta recordando
Del vate insigne que en el Ponto llora,
Luz de alto ejemplo descender veía
Desde el solio inmortal de S. Fernando,
Que en las pátrias costumbres reflejando,

En nuevo Eden á España tornaría.

—

¡Ilusoria ambición! en dia infausto
Su inanimado tronco quedó al suelo,
Como el altar de dó subió hasta el Cielo
La chispa virginal del holocausto.
Para mostrarla solo,
Que no merece más nuestra impureza,
Dios la arrancó de la celeste altura,
Y hoy, rasgando la humana vestidura,
Celeste vida á renovar empieza.
Ella es feliz! pero al doliente esposo,
A los amantes padres, cuyas sienes
Viste de senectud anticipada
La argentada corona
En incesantes duelos fabricada,
Los que la sangre y el cariño abona,
A la nación entera,
En unánime lloro desatada,
Como si un corazón no mas tuviera,

¿Quién consolar podrá? Tan vasto duelo
Merece esta aflicción; pero ella vive
En medio á nuestro amor, aun á despecho
De la mísera muerte, la aérea imágen
De su ánima inmortal, los esplendores
De virtudes sin par, en nuestros pechos
La dibujan con rasgos luminosos,
Del olvido y la muerte vencedores.
Angel de luz, derrama en nuestro suelo
Divina bendición; y vos, insigne
Rey y Señor, á quien el alto Cielo
A gigantesca empresa ha destinado,
De dura adversidad en ruda prueba,
¡Inmenso es vuestro duelo!
Pero la pátria entera con voz gime,
Y á par de vos, su soledad deplora:
La pérdida del ser, que el pecho adora,
Deja en la vida idealidad sublime;
Y si en el yunque del dolor el alma
Vigor heróico y fortaleza toma;

Si en el crisol de grandes infortunios
De la terrena escoria se depura
Y así Dios su amor muestra, El providente
Vuestra grandeza excepcional procura,
Triple diadema alzando en vuestra frente,
A la de España y la del genio uniendo
Lo que el dolor os dá rica de espinas,
Que Redención Universal haciendo,
Aprisionó una vez sienes divinas.



IMPRESIONES

Á MIS QUERIDÍSIMOS AMIGOS LOS RENOMBRADOS POETAS

● LUIS MONTOTO Y MANUEL CANO.

No por seguir en pretensioso empeño
Excelsa imitación, esta os escribo
Del turbio Sena en la agitada orilla:
Por vértigo incesante sacudido

En intensa emoción, brota en el alma,
Más que el estudio razonado y frío,
La exaltación confusa del poeta
Que sólo encarna en el cantado ritmo.

—

Alguna vez ante el contraste rudo,
Que este vertiginoso laberinto
Procura al alma que vivió serena
En espacios abiertos y tranquilos,
Nota salvaje, repelente y ruda
Levántase en mi espíritu,
Nota de desamor que vencer quiero
Cual eco de selvático atavismo;
Y ayúdanme en mi empeño generoso
Algo de amor y luz que alzarse miro
Sobre lo colosal y abominable,
Dominando el ambiente enrarecido.
Hormiguero febril y bullicioso
El de este babilónico recinto,
En colosal mosaico nos ofrece

Los más remotos pueblos confundidos.
Las múltiples barreras
Que el ódio alzara en dilatados siglos,
En innúmeras formas, como el eco
Aun resonante del salvaje grito,
Las desmorona y funde
Este chocar de razas y de instintos,
Cual las opuestas encrespadas ondas
Al dique combatido;
Y cual germen quizás de amor futuro,
Suavizador y amplísimo,
Culto respeto á la aversión se impone,
Que á más noble sentir abre camino.

—

Mas cuanto dulce y bello
Sembró en las almas el hogar sencillo
Ea la piedad formado, y que protege
Con sus brazos de amor la Cruz de Cristo,
En el recelo y la inquietud se agita,
Por dolorosa decepción herido,

Cual si la gran Ciudad nos atrajera
De escéptica impiedad al hondo abismo.

—

Junto á la gran Ciudad, cabe la fronda
De un pueblo entre las frondas escondido,
Humilde procesión cruzó á mi vista,
Con la efigie dulcísima de Cristo.
Las lágrimas brotaron de mis ojos
Ante el cortejo pío,
Y á la adorada patria trasportado
Sentime de improviso.
Y en apóstrofes mudos evocaba
Los lemas de unidad que nuestro siglo,
Cual la anhelada fórmula, pregona
De la fusión de pueblos enemigos.
Ciencias, industria, actividad fecunda,
Comercial interés vivo y solícito,
Cuantos impulsos al progreso alientan,
Por incansable emulación movidos,
La nota de la lucha me ofrecían,

De la soberbia y desamor precitos,
Batallas del orgullo, que señalan
Campos de vencedores y vencidos.
Y no hallaba otra fórmula fecunda
Que aquel *amaos* divino,
Venciendo las fronteras y los ódios
Y el soberbio impotente vocerío.
Por eso, anticipándose á la idea,
Encontraban gozosos mis sentidos
La patria amada dó la cruz se alzaba,
De fraternal amor único símbolo.

—
En vano luchan con el loco orgullo
Ciencias de negación, vanos delirios;
Humanidad, unión, fraternos lazos
Que junten á los pueblos divididos,
A compendiarlos alcanzaron, solo,
En fórmula eficaz labios divinos;
Dios padre, universal; las razas todas
Que redimió su amor, sus caros hijos.

—

Cuando la humana turbulenta historia
Repite audaz en los cristianos siglos
El eco de la lucha, cuando aún brillan
En sangre humana los aceros tintos,
Es que aun de las conciencias en el fondo
Y en sus reductos íntimos,
La soberbia y los odios aún resisten
Dulce invasión del celestial espíritu.
Evolución trascendental, gigante,
Se cumple en nuestro siglo;
Discurre el hombre en la abreviada esfera
Más rápido que Jove en el Olimpo;
Recorre el pensamiento el ancho espacio,
Aún más veloz que el pensamiento mismo,
Y hácia unidad grandiosa se camina
De razas y de pueblos confundidos.

—
Del orbe audáz sobre fundida masa,
Tras el tremendo universal castigo,
Gérmen de vida y de esplendor futuro,

Flotó el divino espíritu.

Nueva Babel no temo, que ha de alzarse,

Prenda eficaz, del redentor designio,

Sobre el bullir de las opuestas razas

El lábaro bendito.

Y en la inmensa ciudad que el Sena hiende,

Donde razas y pueblos enemigos

Se encuentran y confunden y respetan,

Vago boceto de mis sueños miro.

—

Las altas horas de la noche suenan,

Rápida trégua al cansador bullicio,

Y viene á humedecer mis secas sienes

La fresca bruma del París dormido.

La baja niebla en gigantescos brazos

Derrámase en el vasto laberinto

De sus grandiosas calles, cual la inmensa

Inundación de desbordado río.

Despiden las estrellas en el cielo

Fulgor sereno y límpido,

Como innúmeros ojos vigilantes
Del Argos infinito.
¿No llegarán las depurantes brisas
De la aurora de un sol claro y benigno
Que logren disipar las densas brumas
Que engendran los abismos?
Sobre la inmensa mole de grandezas,
Sobre cuanto de noble y de legítimo
Fué de la humanidad recta conquista
Y gloria de los siglos,
Yo espero ver cual bendición paterna,
Como triunfal corona de sus hijos,
Brindando luz y amor los generosos
Abiertos brazos de la cruz de Cristo.
Dejad que esta esperanza
Llegue á cerrar mis ojos intranquilos;
Dejad que trueque el fatigoso anhelo
En ensueño dulcísimo.

ROMA

Un tiempo fué que el orbe, sorprendido,
Se vió romano, y el menguado pueblo
Que un sol halló escondido
Sobre colinas de extinguida lava,
De aves rapaces escarpado nido,
Miró otro sol gigante dominando
Cuanto la ciencia entonces alcanzaba,
Y dó sus rayos al verter el día
Los senos de la vida dilataron,
Allí, en tenaz indómita porfía,
Las águilas romanas se encontraron.

De pueblo alguno consignó la historia
Cual los que escribe del Romano aliento,
Vastos empeños y fecunda gloria.
Una ciudad y un pueblo turbulento
Que al mundo universal dictan sus leyes,
Y dentro de sus muros sacrosantos
Los cetros y coronas de cien reyes
Que el pueblo rey, en sus grandiosos días,
Los contempló en sus locas alegrías,
Tras el carro triunfal encadenados,
Gloria prestar á la ciudad del Tiber,
Ergástula de reyes destronados.

Pero llegára un hora
En el reloj pausado de los siglos
En que la providencia vengadora
Que entre los pliegues de su manto guarda
De la historia el secreto venerando,
Hizo un hombre surgir, al mundo dando
Vengador del tiránico dominio

De la Rómulea incontrastable gente:
Raquíptico encorvado continente;
Lívida faz que al exterior revela
La seca austeridad que encierra el alma;
Pómulos descarnados, calva frente,
Hundidos ojos que la astucia vela,
Y tras del rostro la aparente calma,
Concentrado rencor que al alma hiela.
Tirano Augusto del tirano pueblo,
Fruto de la romana podredumbre,
Prestó á la tierra con su férreo yugo
La paz de corrompida servidumbre,
Y en silencio profundo
Dejó escuchar en el tranquilo espacio
La humilde voz que transformara el mundo.

La magestad de la romana gloria,
Que llenó sola con su inmenso aliento
Once siglos de historia,
Un dia escuchó, con crapuloso acento

Vender su cetro en público mercado,
Cetro del mundo que espantado mira
De la suerte el voluble movimiento
Con que la historia caprichosa gira;
Sus ojos vieron con rubor y llanto
La púrpura arrastrada por el cieno,
Y diz que entre los pliegues de su manto
Veló su rostro de vergüenza lleno,
Y adivinó su postrimero día;
Que es ley eterna de la historia entera,
Que en el inmundo lecho de la orgia,
La muerte oculta á la grandeza espera.

—

Y Roma sucumbió; la voz divina
Que al hombre alzara de su abyecto estado
Rompió en mil partes la unidad mezquina
Que con sangre y con lágrimas formaba
Y universal esclavitud prestaba;
Y la unión monstruosa
Que el sanguinario acero procuraba,

Convirtió en la fusión santa y hermosa
Que en cadenas de amor las almas junta,
Dejando en el oscuro triste suelo,
Por la divina sangre redimido,
Trasunto fiel del conquistado Cielo.
De hoy más el hombre ante la inmensa tumba
De un pueblo sin rival triste memoria,
Con la celeste ayuda protegido,
No teme que sucumba
El fecundo progreso de la Historia.

À CERVANTES

Hispaniæ decus.

PRIMER PREMIO EN EL CERTAMEN DE LA REAL ACADEMIA
DE BUENAS LETRAS ABRIL DE 1886.

ODA

Gran Cervantes, por tí la que á su frente
De dos mundos ciñera la corona,
Recinto estrecho á su ambición potente
Hallando un hemisferio,
Nuevos orbes magnífica eslabona
Que creara tu inmensa fantasía;
Y por tu ingenio engrandecida España
Pudo exclamar con orgulloso acento:
En la tierra, en el arte, en el talento,
Perenne Sol á mis dominios baña.

Elegida de Dios, la Iberia un dia,
De Europa y de natura vencedora,
Emuló, en el de Yuste, la grandeza
De Roma armipotente y triunfadora,
Cuando Colón, en su genial porfia,
Robaba de los mares al misterio
Un vírgen hemisferio
Que el renombre español sublimaría.
Tu pluma entonces mágica y creadora,
Cual la lira de Amphion fecunda á Tebas,
A la España del mundo vencedora
Alzaba un trono, dó esclusivo cetro
Empuña del ingenio y donosura.
Por tí, la gente del saber avara,
Culto inmortal solícita procura
Para la lengua en que el *Hidalgo* hablara,
Y si el nombre español cayera un dia
En el injusto olvido de la historia,
Aun más que de sus héroes la memoria,
La tuya, ¡O gran Cervantes! lo alzaría.

.
El noble, sentimiento generoso
Que exaltaba al andante caballero;
La rústica lealtad del escudero
Locuaz y sentencioso;
En tan sencillo, natural contraste,
Formó el génio profundo
Del gran Cervantes la mejor leyenda,
El libro sin segundo,
Donde hallaron los sabios pensadores
De escuelas y sistemas que siguieron
El símbolo y sanción la mas gloriosa,
De su encontrada, múltiple creencia,
Y en su humilde respeto ver creyeron,
Del hidalgo en la historia portentosa,
Síntesis bella de la humana ciencia.
¡Qué lauros, pues, sus lauros igualaron!
Con ser tan grandes los heróicos hechos,
Con que la fama universal pregona
El valor indomable de sus pechos,

Los hijos de la ibérica matrona
Con su inmortal Cervantes conquistaron
De todas sus grandezas la corona:
Que esa obra colosal de su talento,
En su sentido universal, profundo,
Respondió, en la región del pensamiento,
Al dominio de España sobre el mundo.

Pero la patria, á quien Cervantes daba
Eterno lauro y sangre generosa,
En la rota del Turco desastrosa,
Al genio á la miseria condenaba,
Ciñendo ingrata á sus augustas sienes
La más alta y espléndida diadema,
La del dolor, que al génio transfigura,
Y que crisol divino lo depura
Y holocausto de amor la escoria quema.
¡Corona del dolor! ¡Lauro de espinas!
Por derecho divino la dá el Cielo
Al génio infortunado, en este suelo,
Y al mártir por el bien: sienes divinas

Aprisionó una vez, y desde entonces
Rayos de luz de la celeste cumbre
Irradian de la frente que ella viste,
Y del dolor la inmensa pesadumbre
Se hace estola inmortal que le reviste.

Siglos mejores, tu memoria honrando,
Honrando, al par, la nacional grandeza
Que nadie alzó cual tú, llegaron luego,
Y hoy, en lides honrosas emulando,
Cada ciudad redime la tibieza
De la pasada edad, y al patrio fuego
De su entusiasta amor, dá á tu memoria
Culto, que con los años se acrecienta,
Que es, Cervantes, tu gloria
La que las patrias glorias alimenta.
Y yo, elevando á tí mi humilde canto,
Honro mi nombre al encomiar el tuyo,
Y en mi fausta, legítima alegría,
Exclamo con orgullo:
La patria de Cervantes, es la mia.



Á CALDERÓN

ODA

*Primer premio
en el Certamen Hispalense.*

¿Qué mágico prestigio
El dulce nombre de la Patria ofrece,
Que al resonar, no más, al pecho inunda
Ardiente amor, que al ánima engrandece,
Odios trocando en caridad fecunda?
Tal como el sol, cuando su luz derrama
Y al hielo estéril que escondió la muerte,
Espléndido convierte

En fecundante linfa bullidora,
Así del patrio amor la viva llama
Al seco helado corazón inflama,
Y como propio bien, ferviente adora
El valor de sus ínclitos guerreros,
Del político diestro la fortuna,
Que las conquistas del valor completa,
La firme gloria que al saber se aduna
Y que irradia en la frente del poeta;
Pues cuanto, en ricos y envidiados bienes,
El claro nombre de la Patria abona,
Es como propia y singular corona,
Que circunda de luz todas las sienas.

Insigne Calderón: en la alta cumbre
Donde brilló tu ingenio sin segundo,
Brilla también, con esplendente lumbre,
Mi Patria, por tu genio engrandecida,
Que en su expresión magnífica y potente,
La España, un tiempo admiración del mundo;
La heroica España, á cuya hermosa frente

Daba el curso del sol digna diadema,
Logró hallar en tu genio, fiel emblema,
Y encarnación sublime
De su entera virtud, de su almo aliento;
De las virtudes todas que inspiraron
La firmeza tenaz y el ardimiento,
Que inmarcesibles lauros conquistaron.
La sencilla piedad, la fe gigante;
El heróico valor que el pecho encierra;
El pundonor solícito y galante
Del que brilló sin par sobre la tierra
Caballero español; la donosura
Del culto delicado discreteo,
Donde en flores de ingenio dá el deseo
Ambiente de pudor á la hermosura;
Y cuanta vida y luz el genio hispano,
Con fortuna sin par mostrara un día
—Del mundo y del ingenio soberano—
La providente generosa mano
En tu elevado espíritu encendía.

Soplo creador el poderoso fuego
De tan múltiple vida tu alma llena
Y en símbolos eternos les das luego
Realidad inmortal sobre la escena.
A vida que no es sueño,
Por el poder del genio producida,
Alza tu lira, en su creador empeño,
Tipos de eterna vida;
Cura el doctor aún más que la dolencia
Del lastimado honor la abierta herida,
Que es esta ley de honor precisa ciencia
Que ni el villano ni el magnate olvida;
Que en la cristiana dignidad alzados,
Sólo ante Dios, en nobles y en pecheros,
Se miran prosternados
Del propio honor los sacrosantos fueros.
Ya tímida doncella,
Ya arrogante matrona,
La castellana dama
Cruza la escena enamorada y bella.

Ciñenla fe y honor regia corona,
Y en amor santo al caballero inflama,
Que á par de amor veneración destella:
Y en fe y honor espléndida se inspira,
Gran Calderón, tu portentosa mente,
Que es fe y honor el general ambiente
Que la española sociedad respira.

Soldado y caballero,
Sacerdote y poeta sin segundo,
Compendió Calderón el genio entero,
Que con la cruz, la lira y el acero
Hizo de España el esplendor del mundo.
Supremo esfuerzo en nuestra noble historia,
Que tan gloriosos títulos nos lega,
España en Calderón, radiante llega
A la cúspide excelsa de su gloria.
Tras él su luz declina
De tan inmensa vibración cansada,
Y en débiles reflejos ilumina
Su portentosa excelsitud pasada.

Pero aún brilla esta luz; si decadente
Hoy nuestro siglo mira
La fecunda piedad de sus mayores,
Que tan augusta majestad respira;
Si al declinar su lumbre refulgente
Palidece también con sus fulgores
La pública virtud; si quebrantada
Déjase ver la indómita fiereza
A torpe esclavitud encadenada,
Mágica aurora á vislumbrarse empieza:
Este aclamar sonoro
Que de todos los ámbitos de España
La Patria eleva en resonante coro;
Esa cándida nube
De noble incienso, que en piadosa ofrenda
En inmensa espiral al cielo sube,
Dice que al fin la Patria sacudiendo
Su lánguido estupor y su marasmo,
Su antigua gloria á renovar aspira,
A Calderón solícita pidiendo

La fe potente que su escena inspira.

Cuando, con honda mengua,

La laxitud y el vicio reflejaron

De las hispanas glorias el desdoro

Y las virtudes públicas ahogaron,

Daba el gran Calderón el marco de oro

De su escena inmortal y en peregrino

Lienzo de eterna vida

Trazó con luz y con color divino

Toda la gloria y majestad perdida.

Allí la fe potente

Del mundo y de natura vencedora,

Que dió á la hispana, incontrastable gente,

De un sol esclavo interminable aurora;

Allí el valor que indómito proclama

Del honor castellano la fiereza,

La púdica virtud, la alma belleza

De la española dama;

Allí la paz bendita,

La sencilla honradez, que en dulce nido



Trueca el hogar del humo ennegrecido
Do la virtud con la pobreza habita;
Cuanto fué nuestra Patria en la brillante
Gloria sin par que el universo llena,
Dibujó Calderón en el gigante
Cuadro inmortal de su grandiosa escena.

Allí, con voz sublime,

Un pasado de gloria sin segundo
Así habla á España: «Si creyente aspiras
Tu nombre á alzar del estupor profundo
Dó entre miserias y rencores gime;
Si grande quieres ser como te miras
Por el pincel del genio retratada,
Haz que amor y virtud y fe convierta
En vivo sér la idealidad soñada;
Y, fiel reproducción de Segismundo,
Verás entonces, á tu esplendor despierta,
El respeto y amor del ancho mundo;
Y al recordar tu decadente historia
Dirás con fe, de tu poder segura,
Toda soñada fué mi desventura;
Todo soñado fué menos mi gloria.»

Sevilla, 1881.

EN LA SENTIDA MUERTE DE MI QUERIDO MAESTRO

EL SABIO CRÍTICO Y ESCLARECIDO POETA

ILMO. SR. D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO

Cubre negro crespón la docta lira
Del vate insigne, que del suelo hispalo
Decoro fué; sobre la tumba helada
Que avara encierra su cadáver frío,
Los que por él en el augusto templo
De la Ciencia y el Arte penetraron,
Vierten—á par de la hispalense musa—
Lágrimas de aflicción. Aún me parece
Que de Licio el acento no extinguido
Armonioso en los ámbitos sonaba

Y Athropos insaciable ya repite
En ritmo aterrador, el eco sordo
De otra losa al caer; al escucharlo
Toda la humana idealidad desmaya.
Que la ley del morir renovadora,
Cual hoja seca ó cual inútil leño,
Al organismo humano precipita
En voraz destrucción; por igual mide
La vida ciega, indiferente y muda,
Y la que lumbre inextinguible anima.
¡Terrible ley, desesperador resumen
Del mísero vivir, para el que osado,
Con la humana razón por sola guía,
Buscar pretende en optimismo ciego
Eficáz solución del pavoroso
Problema del dolor y de la muerte!
No así el que dócil á la voz augusta
Del cielo, presta acatamiento pío,
Y en ella aprende explicación cumplida
Del dolor y el morir, glorificados

En la cima del Gólgota fecundo.

Ella, caro maestro, dulcifica
El agudo pesar de los que, fieles,
En tu saber y tu virtud severos,
Ciencia y ejemplo que imitar hallaron.
El sacerdocio augusto de la ciencia
En profesión severa mantenido,
Luz difundiendo en las oscuras almas;
La austera vida del varón cristiano
Que á la enseñanza celestial se ajusta;
La inquebrantable fé; la denodada
Constancia del patricio, en el naufragio
De las virtudes públicas flotante;
El fervoroso, penitente anhelo
De su aliento postrer, al alma prestan
La esperanza feliz de que su nombre
En el eterno libro se halle escrito.

¡No turben, pues, su celestial ventura
Los ayes del dolor! Mas los que viven
Y su afecto alcanzaron, al llorarle,

Honda y propia orfandad tristes deploran;
A ellos uniendo mi acordado duelo,
Lloro y no canto, y de crespón circundo
La que él mismo templó, mi humilde lira.



À MIGUEL CERVANTES

ODA

PREMIADA EN EL CERTAMEN DE LA REAL ACADEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

Dolor fecundus.

No en el florido lecho
De regalada, placentera vida
El genio despertó, que sólo al golpe
Del infortunio y del dolor herida
El alma vuelve sobre sí y gigante
Del estupor ocioso se levanta;
Como en chispa vibrante centellea
Al rudo choque el sílice dormido,

Y el silencioso plectro sólo canta
Por entusiasta exaltación herido.
No de otro modo, tú, Miguel insigne,
A par que á la natura,
Al infortunio que tu vida envuelve
Debiste el genio asombrador del mundo;
Que del raudal sereno que desliza
Por el cáuce profundo
Y entre bordadas, plácidas riberas
Su ancha linfa de plata,
Apena el eco bullidor se siente,
Mientras canta el torrente
El himno de la hirviente catarata.

Guardar dentro del alma
Culto perpétuo al bien; soñar el cielo,
Cuando en perenne anhelo
Roba el dolor la suspirada calma;
Concebir en su espíritu afanoso
Mundo de luz, entre la densa bruma
Que su vida envolvió; dar generoso,

En cambio de miserias y dolores
Con que la necia ingratitud le abruma,
El singular irónico poema,
En cuya forma sin igual se esconde
El constante dualismo de la vida;
La idealidad del alma generosa
Y el límite grosero del sentido,
Donde musa donosa
Con la risa encubrió triste gemido;
Así Cervantes fué. La Providencia
Animadora del hispano aliento,
Condensó en pensamiento,
Del vate en el ingenio peregrino,
La colosal gigante prepotencia
Que la España alcanzó; como el marino
De vasta inteligencia soñadora,
Dejó á su patria mundos ignorados,
Vírgenes bosques, mares infinitos,
Que aún de los siglos el saber explora.
Y si los héroes de la patria mía

Dieron á su corona la esmeralda,
Cuando el mar vasallaje le rendía,
De Cervantes el genio sin segundo
Daba á España, en sus triunfos arrogante,
De su diadema el fúlgido diamante,
Astro de luz fascinador del mundo.

Humilde el vate, en su genial grandeza
No se inspiró en la múltiple injusticia
De natura y los hombres, y el despecho
No abatió, con el tédio y desencanto,
El esforzado aliento de su pecho
Ni de su genio actividad fecunda;
Y el obscuro soldado, luz de España,
Pudo dar á su patria, por tributo
De su entusiasta amor y fe profunda,
De su almo genio el portentoso fruto,
Y á más su sangre que en Lepanto vierte
Con heróica bravura,
Mutilado robándose á la muerte,
Para llorar perenne desventura.

Los siglos pasarán; del patrio suelo
Los campos y ciudades
Trocar bien puede vengador el Cielo
En yermas soledades;
Pero tu nombre augusto,
Tu leyenda, tu hidalgo y tu escudero
Inmortales serán, y eternizada
De ellos al par, la castellana lengua
En sus sabrosas pláticas usada;
Que el Cid y los gloriosos capitanes,
Que el renombre español alzaron tanto,
No dieron á la patria agradecida
Eterno honor y perdurable vida,
Como el pobre soldado de Lepanto.

Mientras la noche del pasado obscura
Más y más á Cervantes nos aleja,
Los siglos agigantan su figura.
Mírale nuestro espíritu estasiado,
Por mágica ilusión esclarecido,
En pedestal inmenso colocado,

Que le alzaron las glorias españolas
Sublimadas por él; su diestra mano
La espada ostenta y la donosa lira,
En más gloriosas lides vencedora
Que el acero inhumano;
En su mirada, que piedad respira
Serena como el cielo donde mora,
Del genio y del cristiano se reflejan
Caracteres augustos; de sus labios
Beso de amor á nuestra patria envía,
A quien debió el nacer y sus agravios;
Y en el divino ambiente en que se baña
Himno eterno de amor de su alma brota,
Y aun de su vida en el naufragio flota
Un dulce nombre, España.

Como el cantor y el héroe de Arauco,
Como el cantor de Flerida apenado,
Fué guerrero también, y si gigante
Miró España á sus plantas subyugado
El Pacífico mar y el mar de Atlante;

Si por doquier que el luminar del día
Los senos de la vida dilatava,
En su tenaz porfía
Dominios españoles encontraba;
Y si tras siglos de gigante lucha,
Incansable fortuna sonreía
Al valor español, y coronaba
La fe profunda que en su pecho hervía;
Si de tantas grandezas el portento,
Con la ayuda de Dios, España alzaba,
Cervantes con su genio las llevaba
A la vasta región del pensamiento.

Sóbrio, sencillo, por doquier vertida
Del corazón la juvenil ventura;
Sin par gracejo, insigne donosura,
En los más duros trances mantenida;
Para la muerte, que incesante estalla,
Desdén sublime, natural olvido;
Intrepidez sin freno en la batalla
Cuanto amoroso afán por el vencido;

Infatigable espíritu y aliento
En el trabajo abrumador y rudo;
Cantos de vida, animador contento,
Contra el temor invulnerable escudo;
Indomable valor, alma atrevida
De imposibles empresas vencedora;
Candorosa piedad, con que avalora
La religiosa fe que en su alma anida...
Así el pobre soldado;
Así el héroe ignorado
De aquella España inmensa y prepotente
A quien vírgenes mundos se ofrecían
Para ceñir más láuros á su frente:
Así el manco sublime:
A estos timbres unid el rico ingenio
Con que su heróica obscuridad redime,
Y el autor del Andante Caballero,
Tras sus duelos prolijos,
Gigante se alzaré como el primero,
De nuestra patria, entre los grandes hijos;

Encarnación suprema, eterna gloria
Del genio entero de la patria mía,
En la ocasión más alta de su historia.
Por eso al consagrar mi humilde canto
Al vate insigne, admiración del Orbe,
Al heróico soldado de Lepanto,
Canto al par la magnífica grandeza
De la patria adorada,
Hoy de tan alto solio descendida,
Con su espléndida gloria redimida
Y por su inmenso genio sublimada.
Vates, cantad; su ingenio peregrino
Os dió la forma en que cantais su gloria,
Y su númen divino
Es el aliento de la patria historia:
Que la España inmortal del gran Cervantes
Alcanzó con el pasmo de su genio,
Tras sus luchas gigantes,
El cetro de los mundos y el ingenio.
Y tú, ilustre Miguel, si cuanto encierra

De noble y distinguido
La rica hispana tierra
Hoy, al par de este suelo esclarecido,
Himnos en tu loor piadoso entona,
Es que la patria mía,
Su ominoso letargo sacudiendo,
Resucitar sus glorias ambiciona,
De tus augustas sienes recojiendo
De todas sus grandezas, la corona.

EN LA SENTIDÍSIMA MUERTE

DE S. A. R. LA INFANTA

D.^a M.^a CRISTINA DE ORLEANS Y BORBÓN

Aún sin borrar la huella peregrina
De la que, para alzar á Dios su vuelo,
Puso su planta sobre el trono hispano,
Tras tanto y tanto duelo,
La angelical Cristina;
El compendiado, mágico tesoro
De cuanto bello y noble el alma adora,
Unirse anhela al tan amado coro,
Que ya en las salas del empíreo mora;
Y la ventura fraternal ansiando,

Sigue tambien la luminosa estela,
Y á la región de luz rápida vuela,
Lloro sin tregua tras de sí dejando.

—

Yo el sacrificio místico, incruento,
Ante el cadáver, cual yacente estátua,
Que heló la muerte con letal aliento,
He dirigido á Dios. La nívea frente
Lazo de blancas rosas coronaba,
Y la oración postrera,
Que al par de su almo espíritu volaba
Hasta el trono de Dios, rasgos divinos
En su entreabierta boca modelaba.
Del azahar la pálida blancura
Bañó su dulce peregrina esfera
En celestial, estática dulzura;
Y el púdico contorno de la Virgen
De candorosa túnica vestida
A el alma triunfadora semejaba
Entre angélicas alas conducida.

La nueva luz del inflamado Oriente,
Radiante luz de exuberante vida,
Por los abiertos huecos penetraba,
Y tras ella, en magnífico torrente,
De todos los perfumes el ambiente,
De todos los sonidos la armonía;
Que en la bella estación renovadora,
Y á la márgen del Bétis de ondas de oro,
Más prodigó natura su tesoro
Que en cuanto el Sol espléndido colora.

Ante el cadáver frio,
Arca donde guardó tesoros tantos:
Epílogo sombrío
De tan múltiples lloros y quebrantos;
Ante el contraste impío
De aquel ambiente de belleza y vida,
Soplo restaurador que á la natura
Luces, color y vida procuraba,
Mientras al par tronchaba

La más preciada flor, la flor más pura,
Pensé ¡oh mi Dios! que tras falaces velos,
Brutal sarcasmo nuestra vida encierra
Para el que busca en la menguada tierra
Compensación de tan inmensos duelos.
Pero ante el Altar santo,
Ante el licor divino
De tu preciosa sangre redentora,
Ví del alma el espléndido destino,
Conocí del dolor la ley sublime,
Lucha del existir depuradora,
Que de la ley del polvo nos redime;
Y comprendí los insolubles lazos
Que ligan al dolor la excelsa gloria,
Y de la cruz del Gólgota la historia,
Y en ella abiertos del Amor los brazos.

—

La fé cristiana, vuestra fé bendita,
Podrá no más ¡oh padres sin ventura!
Trocar en melancólico consuelo,

Vuestra inmensa, perenne desventura.
Por su divina luz esclarecidos,
Aún á través del insondable Cielo,
En coro angelical vereis reunidos,
Los que el hogar en orfandad dejando
Rápidos procuraron la alta cumbre,
Estas tinieblas lóbregas cambiando
Por la divina inestinguible lumbre.

EN LA MUERTE

DE S. M. EL REY

D. ALFONSO

En alternado son pueblan los aires,
Con pavorosos ecos,
Cañones y campanas que pregonan
¡El Rey Alfonso ha muerto!

Suena el aire en los árboles y flores
Con ayes lastimeros,
Cual si sólo entre sauces y cipreses
Moviera el triste vuelo.

Toda alma llora al ver cómo en un trono,
Para sarcasmo horrendo,
Mueren tanta esperanza, gloria y vida,
Orgullo de un gran pueblo.

Hoy de Sevilla fiel los nobles hijos,
Al funeral lamento,
Su augusta aparición dentro sus muros
Recuerdan en su duelo.

Del sol poniente los tendidos rayos
En su blondo cabello,
Cual nimbo de su frente, levantaban
Vivísimos destellos.

Sobre noble alazán se alzaba erguido,
Gentil, gallardo, apuesto,
Y en sus hermosos ojos reflejaba
Todo el azul del Cielo.

Con su histórico nombre renacían
Un mundo de recuerdos,
Y en entusiastas vítores sonaba
Con delirantes ecos.

El genio de la España parecía,
Viváz, valiente, ingénuo,
Iris de paz tras tormentosa noche,
Cual limpio sol naciendo.

Proscrito ayer, su frente revelaba
Pensar grave y sereno,
Brillando al par en sus radiantes ojos
Relámpagos del genio.

.

Murió, angustiando sus postreras horas
Los males de su pueblo,
De gloria y esplendor siempre halagando
Dulcísimos ensueños.

¡Morir cuando á la vista se desplegan
Brillantes derroteros,
En la cima de un trono divisando
Un horizonte inmenso!

¡Morir cuando surcaba las primeras
Ondas de un mar espléndido,
Mundos inexplorados, luz de gloria
En los confines viendo!

Morir en la alborada de la vida,
En el dulce embeleso
Del juvenil amor, con tiernos seres

Formando hogar y Cielo!

¡Cuando las alas maternas llevan
Al mundo de los sueños,
Con' desprendido amor anticipando
El despertar risueño!

¡Morir cuando las sienas se dilatan
Con altos pensamientos,
Cuando á fundirse empiezan en los moldes
De un corazón de fuego!...

Mas perdona ¡oh mi Dios! si el ronco grito,
Que arranca nuestro duelo,
Semeja de la duda desolada
El desgarrado acento.

Sólo eres grande Tú; cielos y tierra,
Como reyes y pueblos,
En un punto los hunde ó los levanta
Un soplo de tu aliento.

Murió. Quizás de redentora ofrenda
Repítese el misterio:
Propiciatorias hostias nunca han sido

Los bajos y protervos.

Antes quizás, á prevenir su dicha
Un angel de los cielos
Puso su planta sobre el trono hispano
Y á Dios alzó su vuelo.

No suenen, no, desgarradores ayes:
Tened el llanto acerbo,
Que perturban la paz del elegido
Desesperados ecos.

Quizá entre sus electos y á su diestra
Trono le dió el Eterno;
Allí obtendrán solícitas sus preces
La ventura y grandeza de su pueblo.

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN

PREMIADA EN EL CERTAMEN DE LA ASOCIACIÓN DE
CATÓLICOS DE CÓRDOBA

Si la dulce poesía
Dócil prestó sus galas y su encanto
Al héroe vencedor que luto y llanto
Verter hizo doquier; si en blando acento
Goces cantó de amor que dulce inspira
La púdica beldad; si la memoria
Conservó de pasados esplendores
Sepultos en el antro del olvido;
Si dió al Adán rebelde y abatido
Consuelo y lenidad en sus dolores,

Deslizando en su espíritu afligido
Tibio perfume del Edén primero;
Si en ritmo lastimero
Lloró de las humanas desventuras
El perenne combate; si buscando
Excelsa inspiración, pidió á los soles
Su esplendorosa lumbre,
Y á la creación entera su armonía
Para inflamar el generoso aliento,
Al dirigirse á tí, Dulce María,
Halla mezquino el prodigado acento,
Obscuro el pensamiento,
Y la humana palabra ruda y fría.

Que no en vano te aclaman la primera
Concepción de la mente creadora,
Flotando ya tu imagen peregrina
En el silencio de la azul esfera,
Aún antes que estallara bullidora
Con el *fiat* creador radiante vida

Que arrancara á los senos del vacío,
De innumerables mundos el portento;
Aún antes que encarnara el pensamiento,
Soplo de Dios, en el arcilla frío;
Y aún antes que del éter la onda pura
De la creación en el solemne día,
Brotara de la altura
En torrentes de luz y de armonía.

Más pura que la esencia embriagadora
De la primera flor; más que el perfume
Que en el púdico cáliz engarzara
En la primera aurora;
Más que del Cielo el azulado manto,
Y el puro rayo de naciente estrella,
Dios la formara inmaculada y bella,
De la inmortal Sión, timbre y encanto.
Gloria y honor los ángeles le entonan;
Reina de la Creación, su planta huella,
De los astros la frente rutilante,

Y su diadema soles eslabonan;
Y arrobada, radiante,
Plegada la celeste vestidura,
Con el cabello virginal flotante
Y de nubes de gloria circuntada,
Coros sin fin ensalzan su hermosura
Y el pasmo de su sér inmaculado,
Pendientes de su célica mirada
Y absorbidos en éxtasis sagrado.

.

Vió conmovido el Cielo,
De la piedad cristiana en los albores,
El más ardiente, fervoroso celo
Por la Madre de Dios bendita y pura
Surgir radiante del hispano suelo,
De titánica guerra en los horrores;
Y vió cuan noble el español procura
El ensalzar en su piedad sencilla,
Aún más que de la Patria á quien adora,
El nombre de la Virgen sin mancilla,

Y con su fe, del moro triunfadora,
Morir feliz con cándida alegría,
Envuelto el cuerpo en la flotante nube
Inmaculado trono de María.
Pero esta fe del generoso ibero,
Que ante el trono de Dios radiante brilla
Sobre la fe del Universo entero,
Que ante la Cruz se humilla,
Tuvo su centro y su expresión potente,
Aun más que en toda la española gente,
En tu seno inmortal ¡oh gran Sevilla!
Por esto sólo tú fuiste elevada
Del gran Murillo en el gigante vuelo
Y en premio justo, hasta el empíreo cielo
Pudiste alzar tu artística mirada,
Para traer á tu bendito suelo
El pasmo de tu Reina Inmaculada.

—
¡Oh, Madre Virgen, veneranda enseña
Del pueblo predilecto de María!

Después de siglos de gigante gloria
En que tu pura imagen sonreía
A nuestro heróico afán y coronaba
Del hispano el valor y la fe ardiente,
En alas de tu amor, que le inflamaba,
A los remotos mares de Occidente;
Al vasto mundo que rompió el misterio
Del ignoto confín del Océano,
El español llevó su fe sincera
Con tu nombre, que el vírgen hemisferio
En acordados ecos repitiera;
Para que el vasto imperio en que lucía
Con el glorioso pabellón hispano
Perenne sol, interminable día;
Para que el mundo que reunió en su mano
De Europa y de natura vencedora,
En eco inmenso á nuestra voz se uniera,
Y tu pureza, que hasta el Sol decora,
Con los celestes coros bendijera.

Madre de amor, dulcísima ternura
Del corazón para el amor nacido;
Rayo de luz de tus divinos ojos
Vierte sobre el mortal envanecido
En la grandeza terrenal impura,
De los del polvo míseros despojos
Desatando su espíritu vencido.
Que tu imagen querida
Sobre mi lecho de dolor flotante,
En el trance supremo de mi vida,
Mi espíritu y amor á Dios levante,
En fervoroso penitente anhelo,
Y encuentre remisión de mis agravios,
Repitiendo tu nombre en dulce calma,
Como el postrer recuerdo de mi alma
Y el último suspiro de mis labios.

Á LA EXCELSA VIUDA DE S. M. EL REY

DON ALFONSO XII

S. M. LA REINA

D.^a MARIA CRISTINA

EN SU VISITA Á SEVILLA

La noble, la fiel Sevilla,
Pueblo bendito é amado
De aquel de Dios grand' amigo,
El Santo Rey D. Ferrando:
La que, al plorar de sus cuitas,
Proclamara el fijo Sabio,
La su sola leal Cibdad
Dó non se amparan ingratos:
La que parece que alumbran
Dos soles, según son claros

Los cielos que la cobijan

E la color de sus campos:

La que plora sin consuelo

El moro, cual si Ferrando

Cielo, huríes é paraíso

Con ella oviera levado;

Hoy, ¡noble Reina é Señora!

A quien facen prez é laudo,

Más que la corona é cetro,

Magüer de un pueblo fidalgo,

Dotes que el Cielo vos diera,

Que vos tornan fiel dechado

De Reinas que ovo en Castilla,

E otros pueblos non lograron:

Que así ploran vuestos ojos

A vuesto egregio velado,

Como si á todo soláz

Fincara el pecho cerrado;

Su vieja lealtad, Señora,

Hoy este pueblo evocando,

Vos aclama y vos bendice
Con clamor regocijado;
Que al albergaros gozosa
Cabe sus muros hondrados,
Sus viejas glorias despiertan
Con sus timbres más preclaros.

Ansí de su amor constante
En premio, fuérale dado
Ojos que el dolor añubla
Tornar fermosos é claros.

Suenen pues en vueso oido,
Cual de amor acrisolado
De hijos amantes é fieles,
Los vítores sevillanos.

Que un Rey, sapiente en las letras,
Como en las cuitas probado,
Dejó escuchar nobles voces
Que de esta cibdad mostraron
La su lealtad sin ejemplo,
Y en signos breves é claros,

Cual leyenda de su escudo,
En su eterna prez fincaron.

—Gran Dios—el Sabio rezaba:—

Si todos me abandonaron,
Y fasta mi propia sangre,
Sevilla no m'a dexado.

Á RONDA EN LA BEATIFICACIÓN
DE
FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

Vedlo. La muchedumbre fascinada
Sus pasos sigue, su palabra escucha,
Por fervorosa exaltación llevada:
En la perenne lucha
Contra el común y múltiple enemigo,
Que en nuestro pecho halló seguro abrigo
Y en nuestras venas sin cesar se agita,
No es la homicida espada
La que en el brazo del Apóstol mueve
Y á la batalla formidable excita
Su falange doquiera reclutada;
Es el Cristo de amor, la Cruz bendita

La que sus brazos alzan, y conmueve
La Patria entera en entusiasmo santo,
Que en delirante exaltación le aclama
Hombre de Dios, y su incansable Apóstol
Que en la ascética lucha se recrea,
Y los pechos ibéricos inflama
Con la divina llama
Que en sus velados ojos centellea.

—
Y centros y ciudades,
Y próceres y pueblos á porfía
A temidos honores le sujetan,
Que turban su piadosa fantasía
Y abrumadores su humildad inquietan.

Y cien, y más, le brindan afanosos
—De la elección benévola orgullosos—
Hospitalario, alhagador asilo,
Donde, aunque en breve holgar, dado le sea
Dé la inmensa Apostólica tarea
Cabe sus muros reposar tranquilo.

—

Y fué siempre elegida
Ronda, mi patria, mi ciudad querida,
Cuyo seno de roca
Hendió el Guadalevín con honda herida,
Que á pavorosa admiración provoca;
De cuyo ingente abismo,
En convulsión volcánica formado
Tras singular gigante cataclismo,
Brotó el ancho torrente despeñado,
Por cuya ronca colosal garganta
Hondo clamor al Cielo se levanta,
En cóncavos inmensos reflejado,
Surgiendo siempre de su seno herido
Cual Titán á la roca encadenado.

Ronda, patria inmortal del gran poeta (1)
Orgullo del Islam, la que, cual nido
Del águila atrevida, en la gigante
Enriscada cimera vió asentada

(1) Abul-Beka Saleh, poeta árabe nacido en Ronda.

El gran Abul, magnífico turbante
Dando las nubes á su alzada frente,
Y gentil talabarte áureo torrente
De la espléndida linfa despeñada
Con Guadalvín desde la enhiesta cumbre...
Como festón de múltiples colores,
Al borde audaz de la gigante falda
Del hondo Tajo, peregrinas flores
Tejen en Mayo virginal guirnalda;
Y aquel grandioso, rítmico lamento
Que dá el coloso de su seno herido,
Asciende entre las brisas confundido
Con el rico perfume de su aliento.

—
La majestad serena é imponente
De tu insondable sima, ¡patria amada!
Su voz honda y doliente
En pavorosos ecos reflejada,
En el varón sincero
De alma sencilla y corazón gigante,

Inefable emoción despertaría,
Y su espíritu austero
En su ritmo grandioso é incesante
De lo eterno la voz escucharía.

—

Y en la elevada cumbre,
Dó la ciudad espléndida se asienta,
Vióse más cerca su ardoroso celo
De la radiante lumbre
Con que la augusta Trinidad alienta
Su fervoroso penitente celo;
Y vió en el borde mismo
Del hondo precipicio, entre las flores,
Que adornan y perfuman el abismo,
Emblema singular de los traidores
Lazos que tiende la maldad precita,
Y con los que entre alhagos seductores,
En el bátrato al alma precipita.
Y á Ronda amó como al caliente nido
Del familiar amor donde tornaba

El águila caudal tras su alto vuelo,
A la etérea región donde tomaba
Calor y luz su infatigable zelo;
Y muestra fiel del nunca desmentido
Santo cariño á nuestro patrio suelo,
Vino al cabo á morir dentro sus muros,
Dándonos en sus restos los seguros
Lazos de protección del alto Cielo,
De su especial amor en dulce prenda.
Así el hijo de Layo, el rey Tebano
De la falaz helénica leyenda,
Ciego y doliente al Atica acudía
Para en ella morir; que el hado insano,
Tras de tantos horrores, prometía
A su piedad que el pueblo en que yaciera
Su reliquia mortal, en su bandera
La victoria perenne escribiría.

—
¡O Ronda! ¡Patria amada!

¡La predilecta del Apóstol Santo,

Orgullo de la hermosa Andalucía!
Hasta las nubes que tu cima hiende
Ve el ánima creyente, con espanto,
Subir la hueste impía
Que hasta los cielos escalar pretende:
Si inexcusable gratitud te lleva
A honrar al justo que en los cielos mora.
Y tus timbres espléndido decora,
Tu viejo amor y tu adhesión renueva
A quien te amó hasta al fin, y penitente,
Ante ese nuevo altar puesta de hinojos
La fe gigante y la piedad implora
Que animó sus riquísimos despojos;
Y cual de Esparta la invencible gente,
Muralla haciendo del cristiano pecho,
En justo galardón verán tus ojos
Estrellarse en tus rocas impotente
Al enemigo, y su furor deshecho,
Hundir vencido la atrevida frente.

NO8DO

PREMIADA EN EL CERTAMEN DE LA REAL ACADEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, CELEBRADO
EN ABRIL DE 1884.

I.

Dolido yaz'el buon reye,
El buon reye Alfonso el *Sábio*
Plorando enojosas cuitas
Del revelde fijo Sancho.

En pos dél sus otros fijos,
Que á reye é padre acataron,
Fasta Córtes de Sevilla,
Ansí le han abandonado.

Su propria moller Violante,
Por meterlos á recabdo,
Fuyó á Aragón con sus nietos,
Sin padre é desheredados.

Ya non há el buon reye amigos,
Cá rey nin señor fincaron
A la redonda de España
Que non fuera su contrario.

E al desafuero se ayuntan
Los grandes é los perlados,
Los sus más vecinõs debdos,
Ricos-homes é villanos.

Cierto que en las sus empresas
Non fué el buon Rey fortunado,
Por non sesudos consejos
Malas andanzas llevando;

E que por cobrar corona
De otros imperios lejanos,
Perdió mochas voluntades
De sus debdos é vasallos;

Que falleció en los sus fechos,
Para los que non bastaron
Sus tesoros, nin tributos,
Nin nuevos pechos doblados;
Que alteró así del dinero
El precio que es costumbrado,
Con bolliciosas querellas
Por ende el pueblo turbando.

Mas si venció en Algecira
La su hueste el Africano,
E hambre y fuego á sus galeras
En los mares acabaron,
Culpa del revelde fijo
Fué, que non del padre sabio:
Que Sancho en su ruín cobdicia,
Del su aver privó al soldado,
Por ganar las voluntades
Del Aragonés contrario,
La enemiga desfaciendo
Con torpe desaguisado.

Los tuertos é graves culpas
Del fijo del reye Santo,
Fueron ansí las flaquezas
De su corazon hondrado.

Por ellas ovo gran duelo,
Con el de los sus vasallos,
Que sus yerros é aventuras
Más fincaron en su daño.

Mas agora non se membra
De los públicos estragos,
Nin de faziendas perdidas,
Nin de sus días cansados;

Nin de las sus tristes rotas,
Nin de duros desengaños,
Nin de negras deslealtades
De los más agasajados;

Nin yá, en tan sofrido pecho,
Fazen gran mella é quebranto,
Ni áun los traidores ardides
De sus rebeldes perlados;

Que en lugar de meter paz,
Non á escuso, sino á claro,
Asaz mal luego metieron,
Faziendo torpe guisado.

Con ser tantos sus pesares
Otros más fieros borraron
Membranza de los añejos,
Por ende más aplacados.

Agora plañen sus ojos
Los sus duelos más amargos;
Son la su moller Violante
E sus fijos los ingratos.

Todos al pendon revelde
Se van del sovervio Sancho,
Mal cristiano é torpe fijo,
Magüer fuera en lides bravo.



II.

Ferrand Perez y el de Lara,
Siempre al su Rey ayuntados,
Oyen las dolidas quejas
Del su espíritu acuitado.

Ved, les dice, amigos fieles,
Lo que á míos homes les callo,
Que plañir mi mal les diera
Esfuerzo en el desacato.

Miradme de la Alemaña
Emperador cómo yago,
Yo de Leon é Castiella
Por reye *Sábio* aclamado;

Yo, que tuve á las mis plantas
Somisos é afinojados,
Reyes é príncipes grandes,
Que las mis plantas besaron;

Yo, á quien princesas é fijas
De reye, ansi demandaron,
Limosna en la mi fazienda,
E mançilla en los mis brazos;

Que grandes meznadas ove
De los de á pié é de á caballo,
Tales, que non las bastaran
La mi Sevilla é sus campos;

Que en las más remotas tierras
Fuí de todos acatado
Por mi cochilla é mis Tablas,
Fuero de los mis estados,
Ved como todos me dexan
Tras el rebelde é malvado,
Por quien yo desheredara
Los fijos del mio Ferrando.

Grande punicion me ofrece
El Señor con tales daños,
Por mis yerros é flaquezas,
Por mis culpas é pecados.

Mas fincara en mi tan sólo
Pena del torpe guisado,
Magüer que el alma arrancara
Los mis huesos soterrando,

E non fueran las mis cuitas
Tan grandes, viendo asolados
Mis pueblos, é á la mia sangre
Guerra contro mí llevando.

Mucho mis yerros merescen;
Mas catad que el fijo ingrato
Pena más fiera demanda,
Contra el suo padre pugnando.

Non há el fijo contro un padre,
Magüer injusto é malvado,
Nunca fueros nin justicia
Para tan gran desacato.

Y entre el plorar de sus ojos,
E los extremos del llanto,
Al Cielo venganza pide
Contra sus fijos ingratos.

E non há para sus penas
Nin consuelo, nin descanso,
Nin le da treguas el sueño,
Ca non se cierran sus párpados;

Nin gusta de los yantares,
Nin la luz del sol dorado,

Que negras sombras añublan
El su corazón de espanto.

Mírase, de entre los homes,
El home más desdichado,
Que fasta el Cielo le olvida
E se ayunta al desamparo.

III.

El buen Ferrando le escucha,
Con el su señor plorando,
Que á non valerle en su cuita,
Non fuera su leal vasallo.

«Alzadvos, señor, le dijo,
Y catad lo que vos fablo,
Que non fuera Ferrand'Perez
En vuestos duelos callando.

Vuesa bondad es flaqueza
Que acresçienta á los contrarios,
E da á traidores aliento
Para esforzar desacatos.

Ante Dios é ante los homes
Sodes padre, é fijo Sancho,
Y es tiempo que las justicias
Vos traigan el desagravio.

Pensad que vuestas victorias,
Los fechos de vueso brazo,
Las villas por vos ganadas,
Los fueros por vos mandados;

Vuesa sapiencia en las artes
De la tierra é de los astros,
E vuestos altos empeños,
Magüer non fueran logrados,

Responden á las injurias
Que os façe enemigo bando,
E á los viles que vos dexan
En el triste desamparo.

Dios mismo, é los homes luego
Farán justicia al Rey *Sábio*,
En lid y en desventura
Noble á la par de esforzado.

En verdad que el Cielo agora
Vos está, señor, probando;
De la prueba fincaredes
Más poderoso é hondrado:

Que cuando los Cielos curan
Dar á un home el mayor laudo,
Luego, en crisol como el oro,
Es en las cuitas probado.

Alzadvos, señor, ya es hora,
De vueso triste desmayo,
Que áun tiene leales Castiella,
Y áun contais leales soldados.

Los de Sevilla vos siguen,
Los que nunca vos dexaron,
Los de la cibdad que siempre
Cumplió fiel vueso mandado.

Ya en Guadajoz han vencido
Gran hueste de los contrarios,
E fincarán en su empeño
Fasta veros sano é salvo.

E agora que los traidores
Estarán, señor, folgando,
E ya nin temen nin curan
De vos ni de vuestos daños,
Ayuntad vuestro Consejo,
Ya que con el fijo ingrato
Cual ninguno amor sofrido
Habedes, señor, mostrado.

Ante el Consejo y el pueblo
Declarad luego á D. Sancho,
En vuestras villas é tierras,
Indigno ansí de heredarvos;
Y en punición merecida,
En manos de Dios dejaldo,
Por contumaz é rebelde;
Por patricida é malvado.

Y en tal guisa, non vos tenga
Temor divino ni humano,
Que á esforzar vuestro derecho
Se os ayunta el Padre Santo.

Ya su excomunion rezelan
Los que vos fazen agravios;
Vuesos fijos é señores,
Ricos-homes é perlados.»

.
Alfonso, á sus tristes cuitas

Cavilosa tregua dando,
De Ferrando al fiel consejo,
Sintióse más confortado.

Alzó la faz congojosa,
Secó en sus ojos el llanto,
E mandando que muy cedo
Se aderezara el estrado,

Que en el tribunal se vieran
Consejo é pueblo ayuntados,
Porque de todos sabido
Fuera el justiciero fallo,

E á los estrados subiendo
Con firme é resuelto paso,
Ansí, severo, condena
Al fijo traidor é ingrato.

IV.

Sancho, el infante sovervio,
Que en su pro me ha arrebatado
De Castiella el señorío,
Prendiendo á los mis criados,
 Faziendo dura violencia,
E vilmente así robando
Ricas joyas en Toledo
E los cabdales horrados;
 Que en Valladolid ayunta.
Córtes como soberano,
En donde toller pretende
El cetro de las mis manos;
 Que las meznadas congrega
De señores é villanos,
Para prender al suo padre
Fasta en su mismo palacio;
 Por esto é por otros fechos,
E por enormes pecados

Que, sin temor de castigo,
Rebelde, torpe é malvado,

Fizo contra el rey su padre,
Nos, por Dios, le condemnamos,
E, por Dios, le maldecimos,
Como de Dios reprobado.

E así para en andelante
Al D. Sancho sujetamos
A maldicion de los homes
E de los cielos airados.

E fecho indigno del regno,
Ansí lo desheredamos
De todos los señoríos
E los derechos privando.»

Tal fabló, en su justa saña,
Delante los tabelarios,
El padre más generoso,
Contra el fijo más ingrato.

Y entre el clamor del concurso,
Con el andar presurado,

Faciendo breve mesura,
Tornóse el Rey al palacio.

V.

Cuando el Rey entrado fnera
En el alcázar dorado,
E cuando solo en su estancia
Los sus homes le dejaron,
Sintió que más fallescian
Los sus miembros fatigados.
Que con sus iras creciendo,
Ya más febles desmayaron.

Creyóse en su justo enojo
Por noble ardor confortado,
Cuando cedo preparaba
Castigo al su fiero agravio;

Mas cuando en la ceremonia,
E subido en el estrado,
Al rebelde é patricida
Los sus labios condemnaron,

Sintióse ahogado el aliento
Cual ñudo á su cuello echado,
E que añublaban sus ojos
Sombras de sangre é de estrago.

Pensaba que los que fueron
Más firmes é denodados,
Y en la triste ceremonia
La maldicion escucharon,

Agora le abandonaban,
Por el justo horror ganados,
Que padre á fijo maldiga,
Magüer injusto é malvado.

Que los vítores é voces,
Con que fieles le aclamaron,
No eran voces falagüeñas,
Más eran ecos de espanto.

E así, solo é sin testigos,
A las sus cuitas tornando,
En nuevo penar falleisce
E de nuevo torna al llanto,

Los valladares rompiendo
Del su plorar desolado,
Al ver que la su flaqueza
Non miran ojos humanos.

Agora es cuando se siente
De todos abandonado,
Que Cielo é tierra se ayuntan
En su triste desamparo.

Presto finar semejaba;
Fidalgas sombras ñublaron
Sus ojos é sus sentidos,
Como á su finar llegados;

Mas súbito le despierta
Rumor confuso é lejano,
Que creciendo se avecina
Fasta atronar los espacios.

Es el pueblo que le aclama;
Los sus fieles sevillanos,
Que, cerca del doble muro
Del su morisco palacio,

Con sus vítores le ofrecen
La ayuda de los sus brazos
Y el escudo de sus pechos
Siempre nobles é fidalgos.

Es su sola leal cibdad,
La que bien ovo probado
Que más á su Rey acorre,
Cuando fuyen más ingratos;

La que con Ferrando Perez
E novecientos caballos
Fuyir á diez mil fiziera,
Ya de Córdoba amparados.

Es su cibdad generosa,
Que paga así al fijo sabio
La su antigua santa debda
Con el padre justo é santo.

El cuitado Rey irguióse
Del su homildoso desmayo,
A vida é contentamiento
Sintiéndose despertado;

E alzando al Cielo los ojos
Que los rebeldes ñublaron,
E que los buenos é fieles
Tornan fermosos é claros;

E sobre las duras losas
Contrito é afinojado,
Su perdon al Cielo pide
Si viendo contra sí alzados

A sus fijos é sus debdos,
A los nobles é villanos,
E á todos, creyóse un hora
Del Cielo desamparado.

E antes que el noble ardimiento
De sus buenos sevillanos
Muros é puertas allanen,
Por llevarlo en los sus brazos;

Antes que miren los ojos
De los sus fieles vasallos
Del rey padre la flaqueza,
De dicha agora plorando,

En gratitud confundido
Rezan temblosos sus labios
Nobles é sencillas voces
Que de su cibdad mostraron
La su lealtad sin ejemplo,
Y en signos breves é claros,
Noble cifra de su escudo,
Por su eterna prez fincaron.

«Gracias ¡oh Dios! repetía,
Que á padre é rey tan cuitado
La consolacion deparas
De pechos fieles é hondrados.

Mi hermosa, mi leal Sevilla,
Pueblo bendito é amado
De aquel de Dios grande amigo,
Mio Santo Padre Ferrando;
Hoy al triste fijo paga
La debda de un amor santo,
A esperanzas é venturas
Mis viejos años tornando.

Gracias ¡oh Dios! Si reveldes
Todos contro mí se alzaron,
Y fasta mi sangre propria
Sevilla no m' a dexado.»



ÍNDICE

| | Páginas |
|--|---------|
| Un prólogo dialogado de D. Luis Vidart. | III |
| Dos palabras de D. Luis Montoto. | IX |
| Carta del autor de este libro al editor de la primera edición. | XVII |
| La Catedral de Sevilla, oda premiada en el Certamen del Ateneo de la misma Ciudad, Abril de 1894. | 1 |
| En la sentida muerte del Cardenal Lluch, epístola al excelentísimo Sr. D. José Lamarque de Novoa. | 13 |
| La azucena, romance. | 17 |
| Charitas. | 21 |
| En la sentidísima muerte de la infanta Amalia de Orleans. | 25 |
| En la primera misa de D. Castor Montoto. | 29 |
| Al ínclito maestro Espinel. | 35 |
| A la Restauración de D. Alfonso XII. | 39 |
| A la instalación de la reina D. ^a Isabel II en el Alcazar de Sevilla. | 45 |
| En las bodas del capitán general de Andalucía Excmo. señor D. Camilo Polavieja, con la Srta. D. ^a Concepción Castrillo. | 51 |
| En el primer aniversario de S. A. R. D. ^a Amalia de Orleans. | 55 |
| Improvisación en las bodas de mi querido amigo D. L. S. | 59 |
| En la muerte de D. Antonio de los Ríos y Rosas, soneto. | 63 |
| A S. M. el Rey D. Alfonso XII, al visitar su augusta prometida S. A. R. D. ^a Mercedes de Orleans. | 65 |

| | |
|---|-----|
| A San Fernando, oda premiada en el Certamen de la Real Academia de Buenas Letras, Abril de 1884. | 67 |
| En la elevación á la dignidad cardenalicia del Excmo. y Rvmo. Arzobispo de Sevilla. | 77 |
| En la sentida muerte de la insigne poetisa D. ^a Antonia Diaz de Lamarque. | 85 |
| Al descubrimiento de América, oda premiada en el Certamen de Buenos Aires, 1884. | 89 |
| La crypta, ante los restos de D. Pedro I y D. Fadrique. | 97 |
| Para el album de D. ^a Mercedes de Orleans | 105 |
| Sevilla. | 111 |
| En el fallecimiento de S. M. la Reina D. ^a María de las Mercedes. | 117 |
| Impresiones, á Luis Montoto y Manuel Cano. | 123 |
| Roma. | 131 |
| A Cervantes, oda premiada en el Certamen de la Real Academia de Buenas Letras, 1886. | 137 |
| A Calderón, primer premio del Certamen Hispalense. | 143 |
| En la sentida muerte de Fernández-Espino | 151 |
| A Miguel Cervantes, oda premiada por la Real Academia de Buenas Letras en 1878. | 155 |
| En la sentidísima muerte de S. A. R. la infanta D. ^a María Cristina de Orleans | 165 |
| En la muerte de S. M. el Rey D. Alfonso XII. | 171 |
| A la Inmaculada Concepción, premiada en el Certamen de la Asociación de Católicos de Córdoba, 1878. | 177 |
| A la excelsa viuda de S. M. el Rey D. Alfonso XII, en su visita á Sevilla. | 185 |
| A Ronda en la beatificación de Fray Diego J. de Cádiz. | 189 |
| no8do. Premiada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. | 197 |





